José Monegal

12 CUENTOS



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL



EN ESTA MISMA COLECCION

1. Eliseo S. Porta — URUGUAY: REALDAD Y REFORMA AGRARIA (Agotado).
2. Ricardo Martínez Ces. — EL URUGUAY BATLLISTA.
3. Arturo S. Visca. — TRES NARRADORES URUGUAYOS (ensayos).
4. Juan José Morosoli. — EL VIAJE HACIA EL MAR Y OTROS CUENTOS.
5. Osiris Rodríguez Castillos. — CANTOS DEL NORTE Y DEL SUR (poemas y canciones).
6. Anderssen Banchero. -- MIENTRAS AMANECE (cuentos).
7. Carlos Visca. — EMILIO REUS Y SU EPOCA.
8. Eliseo Salvador Porta. — INTEMPERIE (novela).
9. J. P. Barrán y B. Nahum. — BASES ECONOMICAS DE LA REVOLUCION ARTIGUISTA
10. Juan José Morosoli. — MUCHACHOS (novela, 2da. edición).
11. José Monegal. — 12 CUENTOS.

DE PROXIMA APARICION

— Daniel Vidart. — TEORIA DEL TANGO.
— Domingo Bordoli. — LOS CLASICOS Y NOSOTROS (ensayos).
— Juan José Morosoli. — CUENTOS ESCOGIDOS.

y obras de:
* Guillermo Vázquéz Franco.
* Carlos Real de Azúa.
* Juan Pablo Terra.
* Mario Buchelli.
* José Claudio Williman (h.), etc.

12 CUENTOS

12 CUENTOS

José Monegal



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
San José 1290 Montevideo

ARQUETIPO

El hombre sintió dolor en la nariz y en la oreja izquierda. No era una sensación desgarradora, de esas que hacen gritar, botar y salir sin rumbo como alma que lleva el diablo; era algo fijo, intenso, como para arrollarse y llorar por lo largo. Ese dolor lo iba sacando poco a poco de un mundo que desconocía y en el que se había metido sin saber cómo. Se vio en la necesidad imperiosa de abrir un ojo. Un velado cuadro fuera de él se fue haciendo nítido hasta que llegó a conocer dos talas erguidos, encorpados, que tajaban una penumbra. Y allá, entre esa penumbra, el culebreante perfil oscuro de una cadena de cerros recortando un oriente que iba entregando sus tiernos amarillos a un luminoso rojo de llamarada.

Así como ese cuadro se iba precisando en los ojos de Anacleto Pino (que así se llamaba el hombre del dolor en la nariz y la oreja) en su interior también se iba delineando el misterio de su estado. Le vino la sensación física de cuando salió, como caminando sobre un camalotal, de la pulpería del negro Polonio, luego estribó en un desaforado equilibrio, y en seguida comenzó la marcha. Después de eso no sabía más nada. Además, aquel dolor que se duplicaba en su cabeza, no lo dejaba pensar a gusto. Era algo duro y tremendo. Abrió el otro ojo. Le parecía conocer aquellos talas, a pesar del extraño color que ostentaban. Observó que, piedras, pastos, matas y tacuruses, eran de un blanco inmaculado. Su mirar se encontró con un caballo, un tordillo luminoso que por cada resuello echaba una doble columna de un humo pálido por las narices.

—No hay duda —se dijo— es mi moro tapao de helada.

Y entonces comprendió que había desensillado donde estaba por no tolerar más el peso de su tranca, y que allí yacía sobre los revueltos cueros de su apero, tapado con su poncho patria. Y se dio cuenta que había dejado al aire nariz y oreja... Quiso mover un brazo para ampararlos; pero estaba duro.

—¡Gran siete —murmuró— toy hecho vidrio, de ésta no salgo!

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, pudo correr una punta del poncho sobre su rostro. La roja bayeta se le pegó en la nariz y en la oreja. No la sintió al principio, pero muy lentamente el dolor que lo martirizaba empezó a desaparecer .La tibieza que iba cobrando el paño se fue haciendo como una caricia, aunque de vez en cuando lacerantes pinchazos, en oreja y nariz, lo hacían renegar desde la ginebra del negro Polonio hasta la forajida de su mujer que lo había corrido del rancho. Pero la cosa se iba acomodando...

En eso le cayó otra complicación. Quiso encoger su pierna derecha, pues la tenía mal acomodada bajo su izquierda y no la sintió. Mandó su voluntad hasta la rodilla y la rodilla no estaba; quiso jugar los dedos del pie correspondiente y los dedos no existían. Miraba, cerca de él, sus botas con las lloronas colgando; medio desaparecidas por la helada, pero eran ellas. Se las había sacado, pues. ¿Cómo no vio, entonces, que le faltaba el pie derecho? Se empezó a alarmar y a angustiar. ¿Qué le había pasado, canejo? ¿Tenía pie o no tenía? Y vuelta a querer mandar sobre la rodilla y el resto. Le vinieron ganas de buscar bajo el basto, donde siempre dejó la pistola en alguna semejante, sacar el arma y terminar con el desespero. Porque estaba desesperado .¿Qué iba a ser rengo de una pata? Se enderezó en un movimiento brusco, de hombre que se juega entero. ¡La pata estaba al aire ,tapada de escarcha! Hizo unas maniobras para tender el poncho sobre todo el largo y ancho de su cuerpo, se arrolló como isoca que la pinchan con un palo. Comenzó a entrar en un sueño grato y dulce...

Al fin consiguió hacerse un ovillo, juntó las rodillas con el pecho, trenzó los brazos y todo él quedó sobre los tres cojinillos y bajo el poncho en un sopor paradisíaco. Un inefable gozo lo iba invadiendo y a medida que su pierna derecha se iba despertando en un hormigueo tendido, él se iba durmiendo beatíficamente.

Oyó, muy veladamente, pero oyó, el inconfundible concierto de los ejes de unas carretas, mezcla de alaridos y de quejas, impresionantes carcajadas y angelicales voces de esa música que a veces patina sobre los dilatados campos: entrevero de sonata y de sinfonía hecho en competencia entre Dios y el diablo. Y se iba arrimando. A veces punteaba tal partitura la voz del carrero. No le llegaba al oído aún el nombre del buey requerido; pero él sabía que se había nombrado a uno de los bueyes. Y las carretas se iban acercando. Ya uno de los ejes emitía un breve y escalofriante bramido y otro elevaba una nota larga y dulce; y otro reventaba la violenta estridencia de un gemido que le erizaba los pelos.

—¡Pucha, miren qué camino y hora han elegido estos carreros pa dir de paso!

El concierto se hizo imponente. Era un conjunto de clarines y de acordeones desatados que ora parecían cantar un himno, ora tocar una carga a degüello. El hombre ahora captó clarito el nombre de dos de los bueyes en una voz bronca, gruesa y retumbante: ¡Chirú... Ferulete...! Agriado por la música, se dijo:

—¿Ande haberá encontrao el Ferulete ese cristiano? ¡Hay que tener muy renegrida el ánima pa bautizar asina un güey!

No tuvo más remedio que asomar la nariz al campo y de nuevo abrir un ojo. El rojo del horizonte era más vívido. A una media cuadra pasaban dos carretas sobre el corredor escarchado. Los caballos de los carreros y las bestias del tiro iban envueltos en espeso vapor. Entonces Anacleto calculó dónde había hecho cama, supo a qué vuelta del camino pertenecían aquellos talas: estaba a media legua de la pulpería del negro. Pero de esa meditación lo saca-

ron tres perros que súbitamente dejaron el rumbo de las carretas y erizados enderezaron a él. A ocho pasos de donde estaba pararon en seco y comenzaron a ladrar dos y aullar otro. Y ya sintió el ¡uchi... uchi...! de los carreros mandando el alto a los bueyes. Lo habían visto.

Otra vez le vino la intención de llevar la mano bajo el basto, sacar la pistola y concluir con aquella baraúnda impresionante de los perros. El de los aullidos cesó la música y se arrimó a una de las botas que comenzó a olfatear. Y el hombre vio cuando levantó una pata para rociarla. No pudo tolerar esa irreverencia. La indignación le sacudió todo el ser. Y lanzó un ¡juera sarnoso!, que desgarró la sosegada paz de aquel amanecer de agosto. Fue tan inesperado y sonoro aquel grito, que los perros cayeron en un gemir histérico, agudo, temeroso, espantado. Los carreros sujetaron un poco atemorizados por aquella terrible voz que surgía de entre un lío de cueros y poncho. Uno de ellos, medio atragantado, habló:

—¡Güen día ,amigo! ¿Le pasa algo, necesita ayuda?

—Mire don —respondió Pino— lo que necesito es que me dejen ande toy, que toy muy superiormente, y que ese perro vaya a miar a la ráiz de la...

El otro carrero expresó bastante airado:

—¡Güeno, güeno, no se empine tanto! Si no necesita servicio, mejor pa usté, que de güena gana se lo íbamos a hacer. Y eso del perro vea que sus botas deben haber sido miadas más de cuatro veces, porque todo perro levanta la pata ande otro la levantó antes.

En ese mismo instante ,en el mismo momento que el sol puso un deslumbrante punto de oro sobre el horizonte, antes de asomar, pasó suavemente ese vientito de la aurora que en los días serenos es anunciador de mansa jornada. Sereno era el vientito, pero saturado de helada. Anacleto, que se había calentado bastante, lo sintió hasta cerca de los huesos. Zambulló bajo el poncho...

A mediodía justo el sol magnificaba todo el escenario del Alto de Madruga —que era el pago de

Anacleto Pino—. Despertóse éste, movió todos sus resortes, comprendió que le respondían. Se sentó sobre los pelegos ,corrió el poncho. Los talas eran los talas de siempre y su moro el moro de todos los días. Púsose de pie, se rascó a los cuatro vientos. Sacó de uno de los bolsillos de su bombacha los avíos de fumar. Luego se calzó las botas y ensilló el caballo. Montó.

Y puso rumbo a la pulpería.

CAMINO DE LA SIERRA

Todo el mundo —el de Cuchilla Negra— sabía que el negro Juan Amorín era lobizome. Pero como había llegado a los cincuenta sin nunca haber asustado a ningún muchacho ni muerto ninguna vieja, vivía serenamente de casero en la estancia de don Marcelino Garzón. Más podemos decir: don Marcelino lo vió algunas veces muy reservadamente, en ocasión de correr alguno de sus parejeros, para que influyera sobre éstos ofreciéndoles raciones extraordinarias, galpones de lo mejor y yeguas a elegir. El negro siempre cumplió.

Pues bien. Una mañana de marzo Juan Amorín pidió licencia a don Marcelino para con él conversar a solas. El tono y el modo del moreno dijeron al patrón que la cosa era grave.

—¿Qué hay, Juan?

—Vea ,patrón: anoche fui llamao al monte pa una riunión de bichos. Venía al tranco pa las casas y un zorro me dio la novedá. En el abra junto al lavadero se habían juntao cuasi todos los bichos del pago. Pero jue el aguará por ser el de más respeto, quien me pasó la orden. Le manda decir a usté si puede dir, cuando le venga bien, a oir una queja y una reclamación que tienen que hacerle tuitos. Asina es que...

Pensativo quedó un instante Garzón. Comprendió que Juan no mentía.

—¿Quéja? ¿Reclamación? ¿Qué negocio tengo yo con ningún bicho?

—Yo le di el parte, patrón; usté sabrá lo que hace.

Ese día anduvo bastante concentrado don Marcelino .De noche conversó con la almohada, como se dice. Y en cuanto amaneció hizo llamar al negro.

—Muy bien —le dijo— viá dir al monte. Pero viá dir con el coronel Penén y el alcalde Ortega. No vaya a ser custión que por falta de autoridá... Andá, pues, y decile a don Aguará que mañana a las diez estamos en el abra.

Y esa fue la hora en que llegaron al punto de cita. Flanqueándolos iba Juan Amorín.

En verdad imponía respeto el espectáculo. El abra era como un inmenso anfiteatro cuyo semicírculo estaba tapado de animales. Presidían la asamblea el yaguareté, el aguará, un ñandú y un lechuzón.

En el bicherío ,antes de la reunión, había habido una discusión muy tejida sobre quién tomaría la palabra. Se pensó en el burro, un burro evadido de la hacienda de Garzón ,por su conocimiento del hombre. Pero fue rechazado por unanimidad ante las palabras del zorro, que dijo:

—Yo sé que es viviente muy sabido, que como abogao no tiene par, y que sabe como naides las projundidades del cristiano; pero también muy aficionao a llevarle la contra a tuito. A lo pior se empaca y nos revienta el pastel. No sirve.

Alguien propuso al propio zorro que expuso esto. Pero el lechuzón terció:

—Desculpame, Juan; pero estás muy desprestigiao con el hombre. ¿Con qué razón le vas a salir y con qué respeto te va a oir si te pasás mortificándolo robándole guascas y gallinas, y haciéndole otros bandidajes?

El yaguareté no quiso ser el portavoz.

—En una de esas —manifestó—, me caliento, pego un alarido y se arma un batuque que ni el mesmo diablo dentra a bailar en él. No, no hablo.

Al fin se decidieron por el aguará.

Llegaron, pues, los cuatro hombres con los caballos empinándose, pues en el tufo del bichaje estaba claro y agudo el del tigre. Juan quedó aparte con ellos sosegándolos y vigilándolos. Y se levantó, imponente y bronca, la voz de don Aguará:

—Siéntense en ese tronco de ceibo, que por ser el más blando se lo dejamos pa ustedes.

Sentáronse los tres hombres. Hubo un impresionante silencio de expectativa.

—Güeno —dijo el estanciero— lo que se ha de decir que se diga.

Entonces don Aguará se compuso el pecho y comenzó:

—Si señor, se dirá. La custión va a ser corta como explicación de bruto, pero no por eso menos rial y verdadera. Queremos saber, tuitos los bichos queremos saber, por qué razón y causa ustedes los cristianos son tan sin yel y tan sanguinarios. ¿Por qué matan tuito lo que se les pone a tiro de pistola, o jusil, de puñal o facón? Supongo que a nosotros Dios nos hizo pa vivir en paz; pues no señor ,vivimos con el Jesús en la boca. En cuanto sentimos catinga a hombre, y cada vez la sentimos más juerte, se nos encogen las achuras esperando que retumbe el tiro; y no tenemos patas que nos alcancen pa ganar ande sea ,cueva o salamanca, y a veces hasta azotarnos en l'agua pa sacarles el cuerpo. Carnean dende la vaca a la perdiz, dende el chancho a la mulita, dende el pato al bagre. Si juera a mentar a tuito lo que le meten cuchillo me faltarían bichos, porque ni el lagarto se les escapa, ni el mesmo trabajo de las avispas. ¡Y entodavía tienen chacras y quintas! ¿Es que no les alcanza, pa atiborrarse, con los zapallos ,los choclos, los repollos y los moñatos, por nombrar algo, y por el otro lao con las sándias, las peras, las naranjas y los butiases, por también nombrar algo? ¿Qué tenemos que ver nosotros con la mesa de ustedes? ¿Lo hacen por hambre o por desalmaos? ¡Respondan, canejo!

Ese canejo que salió de boca de don Aguará fue escalofriante .Los hombres se achicaron, los caballos caracolearon, hasta el yaguareté lo sintió en el hígado... cuando se oyó, clara y sonora, la voz del burro, el único no invitado para aquella asamblea.

—Me extraña ,don Aguará, que un viviente tan bien asentao como usté se haiga prestao pa este tiatro...

Y allí asomó el burro, avanzó y se plantó entre

los de la presidencia. Ni tiempo a tragar saliva les dio. Volvió a sonar su voz:

—¿No saben ustedes, dende el bicho más chico al más encorpao, dende el más manso al más fiero, quién es el hombre? Pues ya lo debían saber, porque éste es un rosario que viene dende los bisagüelos pa atrás cien bisagüelos más. ¡Que el hombre mata, y carnea, y achura, y cuerea, y pela y escama, y deja secos lechiguanas y camuatises! ¿De qué se asombran, qué canejo reclaman? ¿No saben que él va más lejos que eso entodavía? ¿No se matan entre ellos mesmos? La mujer de don Garzón, ¿no dejó ética una pobre negrita de una soba que le dio? ¿El coronel Penén —aquí presiente— no ahorcó con un alambre a uno porque tráia cinco kilos de tabaco en las maletas y no le quiso dar tres que le reclamó? ¿El alcalde Ortega —aquí presiente— a su mujer —que era más güena que ración de máiz— no la hizo emigrar no se sabe pa dónde, pero se carcula que pa muy lejos, pa acollararse con una mulata jedionda? Y el mesmo don Garzón —aquí presiente— aprovechando la chirinada de hace dos años, ¿no mandó degollar al pulpero Trías pa terminar con la cuenta que le debía? Y no sigo la lista que es más larga y trenzada que lazo de dieciocho brazas, porque a cada cual de los nombraos les he mentao una sola de sus muy muchas fechurías que han cometido, y contando que cada hombre que pisa la tierra es igualito a los presientes. ¡Y aura ustedes se salen riuniendo pa reclamar muertes, y mentar zapallos y otros yuyos!

Calló el burro. Se sentía clarito el volar del mosquerío y el resuello de todos. Uno por uno fueron desapareciendo los bichos, convencidos del disparate hecho. Media hora después en el abra estaban solos los tres hombres sobre el ceibo caído, mudos e inmóviles. El alcalde Ortega lanzó un gran suspiro, levantó la cabeza y murmuró:

—¡Este burro me ha avergonzao del tuito! La verdá es que semos unos foragidos...

El coronel tuvo como un sobresalto, salido del fon-

do de su conciencia, quizá, si es que la tenía. Exclamó:

—A mí también, alcalde. Habló como un dotor ese burro...

Entonces Garzón reaccionó. Se irguió y dijo:

—Lo que pasa es que este burro jué criao en mi estancia. Una vez se empacó en el carro y yo mesmo le estaba deshaciendo un garrote en el lomo cuando rebentó los tiros, aventó como a diez cuadras el carro y ganó la sierra. Lo hubiera seguido ese día, le hubiera metido una bala en el mate, y los bichos y nosotros no hubiéramos óido lo que hemos óido. ¡Miren en lo que hemos venido a cáir!

Entretanto el zorro trotaba, estallando de cólera, entre don Aguará y don Yaguareté.

—¿No les dije —hablaba— que ese perdulario iba a reventar el pastel? Aura, con lo que les dijo a los hombres, vamos a tener que emigrar o meternos en el fondo de la Laguna del Medio. ¡Les tocó tuitas las mataduras y el corcovo va a ser fiero!

—Mirá, Juan, callate. Hicimos una barbaridá y ya está hecha. Y te viá decir esto: vos sos quien menos puede alegar. El hombre cría pollos y vos se los pelás muy orondamente sin pagar cercos ni raciones. Por eso a veces uno de ustedes aparece con el lomo rociao de una chumbiada, lo que está muy bien hecho.

El burro llegó a su rancho, donde tenía su patrona. Cuando ésta le preguntó cómo le había ido, contestó:

—De bien tres jemes pa arriba. ¡Vieras la cara que pusieron tuitos, bichos y hombres, cuando les canté las cuarenta!

El negro Juan Amorín había quedado solo en el monte ,como petrificado, sentado en el suelo junto a su caballo. Estaba espantado y al mismo tiempo dolorido de lo que dijo el burro, que era una verdad sin levante. Y después de una trágica cavilación, como podía elegir entre ser racional o irracional por su calidad de lobizome, decidió terminar su vida siendo bicho ,cualquier bicho... Y con su caballo de tiro se internó en la sierra.

LA RAZON DEL INDIO JESUS PALADINO

Sobre la misma punta del Alto del Cuervo se alzaba el **Almacén de Ramos Generales "Todas las Patrias".** Dueño de tal negocio era el portugués Ludovico Meneses, quien se iba volviendo rico en un ritmo bastante acelerado. Grande era la clientela, y fuerte. Todos los estancieros del lugar en su comercio tenían libreta; y por razón de estar completamente distante de cualquier población el que allí pasaba llegaba.

Don Ludovico, solterón, maduro, iba y venía desde la salida del sol hasta cerca de la media noche impartiendo órdenes al escuadrón de empleados que tenía, y a las cuatro negras de la servidumbre que atendían el interior de la casa. Era exigente con ellos, pero generoso: buena comida, buena cama, y buena paga. En sus onomásticos cerraba todas las puertas del caserón —que eran doce— y con sus compañeros de trabajo se entregaba a una orgía que ni Nerón. Algún día voy a describir minuciosamente, como corresponde, uno de estos acontecimientos, pues si Trimalción tuvo a Petronio para hacer crónica magistral de sus banquetes, don Ludovico me tendrá a mí —tres jemes más abajo que el genial romano en cuanto a calidad, arte y elegancia en el escribir, pero absolutamente igual en cuanto a veracidad.

Hoy esta página será para un hecho que se dio en el comercio de Meneses, y cuyo comienzo fue el 16 de diciembre del año de 1888 exactamente. Damos esta fecha para que no se dude de la verdad histórica.

El almacén Todas las Patrias —que en su frente tenía pintadas once banderas de países constituidos,

y dieciocho de países que sólo estaban constituidos en la mente del portugués— tenía la sección pulpería en una esquina del edificio. Era un amplio espacio, con su mostrador especial, y su lugar para mesas y bancos. En uno de los rincones tras el mostrador ,había una pipa panzuda y solemne a la que don Ludovico trasegaba caña brasilera; en el rincón opuesto otra pipa —con la misma panza y solemnidad que aquélla— en la que iba caña paraguaya. Estos dos muebles estaban unidos por la estantería donde se alineaban frascos y botellas que contenían nobles bebidas: bitter, ginebra, ron, fernet, cognac; y los vinos... Pero vamos al 16 de diciembre de 1888.

A mediodía —era un domingo— la sección pulpería se veía totalmente ocupada. En el mismo centro del despacho, rodeando una gran mesa estaba don Apolinario Bejeres con cinco aparceros. Cualquiera de los seis tenía una carga de paraguaya encima que ni tres cargueros de contrabandista podrían con ella. Bejeres, acaudalado estanciero del lugar, no era mal hombre; pero cuando las bebidas espirituosas rebasaban el nivel de su represa tornábase insolente, gritón, y a veces agresivo. A pesar de esas contras —que terminaban cuando la niebla se disipaba— esa vez la cosa iba transcurriendo sosegadamente... hasta que pasó la puerta de entrada el indio Jesús Paladino, como queriendo no meter ruido. Fue al mostrador ,se detuvo, pidió una copa y sin levantarla se estuvo un cuarto de hora observando el círculo de don Apolinario. Se rascó largamente la cabeza metiendo los dedos —que parecían tacuaras— entre la abundosa melena, y luego enderezó a la mesa de los seis. Se detuvo frente a Bejeres y dijo:

—Güen día, don Bejeres, y desculpe...

Bejeres torneó el busto, lo miró de arriba abajo y de abajo arriba.

—¿Desculpe, por qué?

—Es que, mire...

—¿Mire el qué?

—Vea, don Bejeres...

—¿Vea el qué?

Paladino enmudeció ante aquellos tres disparos hechos con visible mal humor. El hacendado dijo:

—¡Desembuchá de una vez y dejate de tiemples!

El indio, medio encogido, habló:

—Don Bejeres... preciso veinte pesos.

Bejeres tenía en el cinto muchos veinte pesos. Pero...

—¿Y quién te ha dao patente de amigo —respondió con acritud— o de pariente, pa mesturarte en mi conversación y a boca e' jarro salirme con eso? ¿Te debo algo?

—Nada, don Bejeres.

—¡No digo! ¿No juiste en mi estancia diez años pión domador y otros diez tropero? ¿No te regalé en el correr del tiempo doce caballos y un apero que entodavía te ha de durar? ¿No tengo como conchabadas en mi casa dos hijas tuyas y tu doña no lava pa la estancia? ¿No le he aliviao mucho carguero a tu hijo comprándole lo que pasa por la frontera? Aura trabajás una chacra; ¿no te he dao güeyes y no te compro el máiz y otros yuyos que le sacás a la mesma? ¿Mi mujer y mis dos hijas no te han hecho presiente, muchas veces, priendas pa tuitos ustedes?

Mientras Bejeres tomó resuello, y tres buches de un vaso, Jesús murmuró:

—Sí, señor...

—¡Y aura me salís con veinte pesos, llevándome por delante como si jueras burro tuerto!

El indio enderezó hacia la puerta. Y ya se sintió el galope de su montado. Se hizo un profundo callar. Don Ludovico levantó la voz:

—Ni la ginebra tomó...

—¡Yo la pago, canejo! —gritó Bejeres.

* * *

Quince días después, otro domingo, como a las ocho de la mañana entró al comercio "Todas las Patrias" Jesús Paladino. Pidió un frasco de ginebra y empezó a repicar. Cuando —ya eran las once—

apareció don Apolinario Bejeres con tres o cuatro de su relación, el indio estaba en su segundo frasco. No se había sentado, había pegado el cuerpo contra el mostrador, bien asentado sobre el arco de sus piernas. Sus ojos rutilaban y la melena se le había vuelto borrascosa. Las diez cerdas que tenía por bigote estaban tiesas.

Don Apolinario ganó la mesa de costumbre y pidió lo de costumbre. En el mismo instante de alzar el vaso para iniciar el preludio de la música que vendría después Paladino se adelantó, fue hasta él, y le detuvo el brazo.

—Pérese, don Bejeres.

—¿Cómo, cómo?

—¡Qué cómo cómo! ¡Déjeme hablar!

—¿Cómo, cómo?

—¡Déjeme hablar he dicho, canejo!

El hacendado, sin caña y por lo tanto tolerante, dijo:

—Hablá Jesús.

—Dígame una cosa y risponda por lo derecho si no quiere que yo le fuerza lo que risponde: en las tropiadas que le hice, ¿le di alguna quiebra? De los cuatrocientos baguales, sobre más o menos, que le trabajé, ¿alguno salió cabortero? Cuando la creciente del setenta y seis ,que arrasó con tuito, ¿no le salvé las majadas, que sólo murió un borrego? Y en esa mesma creciente, cuando se le enfermó una hija y ya la contaban por dijunta ¿no jui yo el que se azotó en dos pasos que estaban campo ajuera, llegué al pueblo y truje un doctor que cuando vido roncar el primer paso quiso recular y yo le calcé el caronero, y cuando vido bufar el segundo quiso disparar y yo le recalcé el caronero, y lo llevé cuasi de arrastro a la estancia, ande pasó un mes y salvó a la niña? Dispues del cafondó del setenta, que usted se había alzao, tando la estancia sin más hombres que yo y cuatro gurises varones llegó una partida de foragidos queriendo trillar con bienes y cristianos, ande dentraban su mujer y sus dos hijas chicas, ¿no jui yo el que hizo la pata ancha y a tra-

bucazo por aquí y a puñalada por allá dijuntié a dos y el resto entodavía ha de tar juyendo?

También aquí no tuvo más remedio que tomar resuello el indio ,yendo no muy recto al mostrador donde le vio el fondo al vaso. El silencio que se hizo ante el impresionante discurso de Jesús fue quebrado por estas palabras de Bejeres, que salieron claras:

—Tuito eso es verdá, indio.

Entonces Jesús llamó a don Ludovico y le dijo:

—A ver, pulpero, cuánto le debo, y ajunte en la cuenta la giniebra del otro día, que me jui sin pagarla, y sin tomarla porque las tripas se me negaron, y usté sabe el por qué...

—¡Yo pago todo! —gritó alto Bejeres.

—¡Usté no paga nada! —gritó más alto Paladino—. ¡No quiero, ni permito, que nengún trompeta pague mis cuentas!

—¡A ver cómo hablás Jesús!

—¡Como lo ta oyendo!

—Jesús, has sido como un hermano pa mí, te pido que me respetes!

—¡No tengo, ni quiero parientes tan sin yel y tan ordinarios!

Ahí fue cuando avanzó don Ludovico quien, como buen portugués, era alarife en diplomacia, y además tenía la lengua sobada como cuero para rebotar pelotas de cancha.

—¿Me da licencia ,seu Apolinario, me da licencia seu Paladino?...

E inició una oración tan emocionadamente sentida y tan elocuentemente dicha sobre la amistad, la parentela, la ginebra y la caña paraguaya, que todos quedaron como pavos rastrojeros: de moco tendido.

Y cuando anocheció ,la mesa que siempre presidió don Apolinario estaba presidida por el indio Jesús. Eran seis los que allí estaban. Y ese 30 de diciembre del 88 fue cuando las dos pipas panzudas y venerables de don Ludovico quedaron secas, porque hasta el propio don Ludovico se empapó en demasía.

LA TRANCA DE CALDERON

La pulpería de Calderón estaba situada en un pago famoso, sobre el Bajo Ancho. Era famoso el pago porque en él había cuatro estancias cuyos dueños tenían el mismo calibre de pasión por los caballos de carrera, vale decir por sus parejeros. Y era sobre el mismo bajo y frente a la pulpería de Calderón que sus campeones peleaban a pata la calidad de sus sangres y la honra de sus dueños. Pencas grandes cada tres meses. Vecinos de comarcas lejanas se entreveraban con los del lugar. Durante tres días vibraba el bajo en un caos de vehículos, de carpas, y de jinetes...

Esa mañana de fines de diciembre el comercio de Calderón estaba abarrotado. El día anterior habían corrido cuatro fletes en dos ternos; hoy sería la decisión. Con el sol, la noche pasada en claro con vela y naipe ,o enamorisqueando carperas, y lo bebido y por beber —que no era agua por cierto— cada hombre era una fogata en potencia.

Quien fuera llegando al despacho de la pulpería, a más de una cuadra sentía como el sonar de un colosal instrumento de mil cuerdas que levantaba una música áspera y cruda, cuajada de estridentes armonías, con sus pizzicatos violentos, sus escalas dementes y sus acordes sin acuerdo. Algo así como si el saperío de un bañado fuera tocado por una chispa satánica que le trastornara hasta hacerlo llegar al más furioso de los delirios.

Mismo al trasponer un paisano la puerta del negocio, saliendo, se topó con otro que iba entrando. La pechada fue recia pues si el que salía lo hacía con una carga respetable —que había levantado de un frasco de más de dos litros— el que entraba lle-

vaba otra no menos encorpada, que había extraído de una limeta panzuda. El que salía pudo acomodar el cuerpo, y dijo:

—¿Ande lleva los ojos, amigo?

El otro había conseguido afirmarse en un marco de la puerta. Respondió:

—Ande los llevo siempre. Y vea, no sé de ande me tiene por amigo.

—¿Sabe con quién ta hablando?

—No señor.

—Pues con Jesús Martín Onofre Olmedo Moyano. Podería haberse hecho a un lao, pues.

—¿Y sabe usté a quién ta mirando?

—No señor.

—Pues a Bernardo Manuel da Silveira Souza Cámara Faro Vega Britos de Nogueira. Ansina es que si la cosa es por apelativos usté tuvo que darme cancha a veinte metros por lao.

(No era éste el nombre del paisano; ensartó cuanto apellido le vino a la memoria nada más que para abollar al otro).

El hombre siguió adentro. El otro sintió que la rociada había sido dura. Titubeó un instante. Luego salió al campo.

El recién llegado pudo anclarse contra el mostrador —no había ni un asiento libre—, y pidió una grosella doble y una caña triple. Y comenzó a acomodar los ojos en las sombras del salón. Hasta que desde una de las mesas saltó un grito que le rebotó en el oído:

—¡Chirú! ¿Diande salís, chirú?

El hombre hizo un movimiento como para volverse. Pero siguió como estaba. Volvió a repetirse el grito. El pulpero, que era un rubio retacón, de imponente rostro por el que había pasado la viruela, de poderoso pecho y músculos poderosos, le tocó un hombro, diciéndole:

—Mire, don: parece que es a usté que le hablan.

—No señor; yo no me llamo Chirú.

—Pues la cosa es con usté, don.

—Le he dicho que no me llamo Chirú. ¡Mi nombre es Pantaleón Sica, canejo! ¿Me há óido?

—Sí señor...

Estaban en eso cuando sobre la espalda de Sica cayeron dos manos como dos palas.

—¡Pero hermano Chirú! ¿Tás de oreja retobada?

Cuando Sica se dio vuelta, luego de enderezarse del doble manotón —que lo había hecho arco— se encontró cara a cara con un indio gigantesco. Dijo:

—Mirá Mulecón: ni mal gritaste ya supe que eras vos. Con ese Chirú salí del pago siendo gurí. Y me juí haciendo varón y viendo que no me asentaba. Tuve algunas diferencias por eso, y algunas con tripas afuera. De favor te lo pido: no me llamés más por ese nombre...

—Ta bien, hermano. Pero, por si te olvidaste, yo me llamo Juan Cisneros.

—De cajón me parece, hermano. Vamos a festejar la topada, pues. A ver... No pudo terminar pues se le encaró el paisano de la topada en la puerta, que le habló:

—Vea, amigo, y desculpe: ¿cómo jué que me dijo que se llamaba?

—Prencipie por esto, don: yo no soy amigo suyo.

—Ta bien, ta bien...

—Y dispués, vea que no viá andar revoliando mis apelativos como si jueran boliadoras.

—Ta bien ,ta bien... Pero la custión es que...

Guillotinó la frase del hombre un ¡vale cuatro! tan estentóreo que por casi un minuto todas las gargantas se apretaron, haciéndose un silencio como esos después del trueno, silencio que fue levemente quebrado por una vocesita aflautada, más de reunión bailable que de mesa de truco como aquella donde los cuatro timberos y los cinco mirones que la rodeaban parecían elementos de una partida que comandara el mismo Satanás. Expresó el de la vocesita:

—Oiga compañero y no se ofienda: hoy me dio un dos riales envido con veinte y siete, y me dijuntió; dispués me dio un resto con treinta y una y volvió a dijuntiarme; aura me da un valecuatro con una sota catinguda... ¡A usté le tan pasando la seña, canejo!

—Vea, don...

—¡No veo nada, y no le pago nada! ¿O se ha créido que soy pirú que se vende en cualquier lote?

—Yo lo que me créido es que usté dentró en este truco, si gano cobro y si pierdo embrollo...

Se estiró violentamente el otro; y empezó a desenvainar un facón tan desmesurado que cuando se le vio la punta el que lo vio comprendió que no hacía juego con la voz de su dueño; y menos con su físico, que era mísero, a no ser por sus ojos de puma que en ese instante rutilaban impresionantes. La mitad del concurso se levantó... pero el rubio Calderon sabía ser amo de su casa. Como esa habían pasado mil en la pulpería y él supo poner sosiego. Junto al mostrador tenía la tranca de la puerta principal, que pesaba como cien quilos. Era de ñandubay. Se sabía que en el primer incidente habido allí la enarboló como si fuera caña de pescar mojarras y la dejó caer sobre la mesa del bochinche. Volaron vasos, frascos y porrones, pulverizados; los porotos del tanteo quedaron hechos harina; el naipe que se libró del impacto planeó por el aire, (hubo un cinco que apareció como a tres cuadras). Y las patas de la mesa se acordeonaron. Sobre el trancazo los alaridos de Calderón:

—¡Aquí los batifundos los cocino na más que yo, sotretas, por ser dueño !Múdense de mesa y sigan el juego; y si arman otra, la tranca va a cáir no en la tabla sino en la mollera de cada uno!

Desde ese día cada vez que aparecía la viga se hacía la paz, como se hizo en esa ocasión que estamos narrando. Entonces el paisano de la pechada reanudó su porfía.

—Mire, don; es que se me ha encajao como un antojo... ¿Cómo jué que me dijo que se llamaba?

El adobe de Pantaleón Sica ya estaba muy subido y aquel hombre por demás pegajoso. Respondió:

—Muchas veces, don, le he pedido pacencia al Señor pa no dentrar en alguna muy fruncida. Me parece que hoy se la viá pedir a Mandinga porque usté me ta haciendo subir los cumbarises al mate...

—Es que, atiéndame...

En una esquina del salón había un corro nutrido. Del ronroneo de sus voces partió una carcajada. Fue una explosión que se inició con unos arpegios graves y profundos, de imponentes escalones sonoros que gradualmente se fueron agudizando y, al cabo de un rato, terminaron en una serie de hipos repicados. Y así como un disparo levanta un bando de patos en una laguna, en pos de aquella risotada descomedida, estallaron veinte.

Al paisano pegajoso no le sentó muy bien el corte hecho a su frase. La interpretación que le dio a aquel ruidaje fue bastante áspera. Levantó la voz:

—¿Por qué no se van a jaraniar a la ráiz de la...? ¡Esto no es corralón de yeguas, canejo!

En el rincón oscuro, donde ya habían cesado las carcajadas, alzáronse tres hombres. Y ya punteaban al mostrador cuando Calderón levantó la tranca.

La cosa continuó. El hombre que se le había prendido a Sica por sus apellidos siguió:

—Güeno, don: no me diga sus apelativos. Lo que le quería decir es que con tuito ese rosario usté habrá tenido una madre; pero padres más de cuarenta...

Pantaleón revoleó el poncho y llevó la diestra al cabo de una pistola que parecía un yugo. Su aparcero Cisneros pudo abrazarlo. Y en el forcejeo, el arma, que era una Laffouché de dos caños, disparó dos truenos. Petrificado, acodado en el mostrador, quedó Sica. Por debajo del poncho salía una espesa nube de humo negro y picante. Cisneros había caído y sobre el suelo palpaba minuciosamente su físico. El otro paisano, reculando, reculando, dio con su cuerpo sobre un lote de chupandines. Y enseguida el retumbo de la tranca en el mostrador... De nuevo la paz.

La fiesta terminó. En el ancho campo imperó, otra vez más, una serenidad de égloga. Los parejeros volvieron a sus galpones, el gallo que escapó con vida a su gallera, cada mujer y cada hombre a su casa. El rubio Calderón, alta la noche y cerrado el negocio, hablaba con su mujer junto a una gigantes-

ca fuente que llenaba un soberbio guiso criollo, y a un botellón de espeso vino. Decía:

—He carculao, Casimira, que cada trancazo me sale, por sobre más o menos, en unos tres patacones en botella, vaso y mesa despatarrada. Pero esto dentra en la ganancia porque sin la tranca quién sabe a cuánto salería cada cafondó. Y, mayormente, el respeto de la casa...

Dejó la fuente limpia, el rubio Calderón, y el botellón más limpio aún. Y se acostó y durmió con la serenidad de una estrella.

DOS BRUJOS

Don Pedro Correa fue a la función del prestidigitador. Era Correa un hacendado muy rico, bastante culto, había viajado y visto mucho El artista recorría la tierra en su propio breque, con su esposa —y ayudante en las brujerías—, pues en ese tiempo la locomoción dejaba mucho que desear. La función fue buena, el mago hacía sus suertes con limpieza, y algunas eran en realidad interesantes. Correa, luego del acto, habló con el hombre, pues los dos se hospedaban en la misma fonda de aquel pueblito norteño. Podría ir a su estancia y allí mostrar la habilidad de sus manos. El hacendado era hombre generoso, de trato amplio, y buen pagar a sus servidores; y quería ofrecer a éstos algo que nunca habían visto.

Y allí marcharon al día siguiente, el mago en su coche y Correa con su peón asistente a caballo, punteando el camino. Llegaron antes de mediodía, se habilitó la sala, el prestidigitador armó su tinglado. Don Pedro había despachado chasques a la comisaría, a la alcaldía, hasta los más lejanos puntos de la estancia. A las nueve de la noche un rumor de colmena se sentía en la casa cuyo interior había sido espléndidamente iluminado. Tomaron asiento en la primer fila Correa, el alcalde, el comisario y dos compadres del dueño, ambos con sus consortes. Más atrás las cocineras, lavanderas y sirvientas, algunas con sus hijos; y a retaguardia el capataz, los peones y los puesteros. Entre éstos estaba el negro Cicerio Arruda, que cuidaba el puesto del arroyo de Poleón. De entre un cortinado hecho con tres colchas de lujo surgió el artista junto a su dama. Hicieron una gran reverencia y comenzó la función.

Primero la cosa fue con naipes, luego con abanicos. Después metió cinco pañuelos blancos por la boca de un tubo y los sacó colorados por la otra. Pidió el mago plata papel al público y el capataz Lemos, y el agregado Maneco Fuliao le dieron un billete de cinco patacones ,el primero, y de medio patacón el segundo. El hombre los puso sobre una bandeja y les arrimó fuego. El capataz, que era de malas pulgas empalideció; y Maneco, que era un miserable, quedó verde. El peonaje malvado reía. La mujer de Lemos lo increpó:

—¿Ve? ¿Quién le manda dar plata al primero que llegue? ¡Aura se va juntar con sus patacones cuando vea volar un lagarto!

La compañera del brujo ya le había entregado una naranja al domador Fileto, diciéndole:

—Cuídela bien, que la vamos a comer entre los dos...

Y en el instante que el capataz avanzó y gritó:

—¡Mi plata no es herencia de negros! Ansina, don, trátela de devolvérmela, sáquela d'iande la saque.

La esposa del brujo levantó la voz:

—Sí señor, es muy justo, no sé cómo mi esposo ha hecho esa fechoría. Yo se la voy a devolver ahora... y usted no llore ,paisano (a Maneco, que estaba llorando). Esperen que coma la naranja con este amigo...

Y partió la naranja y en el corte aparecieron los dineros. Se armó la de San Quintín. Fileto quiso disparar ante la acusación del mago:

—¿Cómo es eso ,amigo? ¿Escondiendo la plata de estos señores?

En fin: terminó la función apoteóticamente. La totalidad de los asistentes, menos Correa, quedaron como carpinchos que de golpe se les aparece un cristiano.

Dos días después partió el prestidigitador. Iba al norte, con miras de pasar la frontera. Correa lo hizo acompañar hasta la última portera del primer potrero. Le dijo:

—El camino está bien trillado, no puede perderse. Sólo tiene que pasar el paso del arroyo de Poleón,

que está abajo. Sigue el trillo; al caer la tarde ya está en el pueblo.

Eran las nueve de la mañana. Y a las once, ya lejos de la casa el hombre, se oscureció el cielo, un relámpago culebreó en la negrura, y un trueno lejano mujió como un toro. Y empezó a llover...

El quiso dar vuelta, pero ella porfió por seguir. Y siguieron. Cerróse la tarde, el camino se llenó de baches, los caballos del carruaje —que eran dos y no muy gordos —se doblaron bajo la tempestad. Desvióse el vehículo, que desesperadamente conducía el brujo, y cayó en una zanja que al borde del camino había... y les entró el pánico. El desenfundó una pistola y reventó dos tiros. Cargó de nuevo y sonaron otros dos...

Cicerio Arruda amargueaba muy plácidamente en el rancho del puesto, sintiendo con cierto goce egoísta cómo la lluvia chicoteaba con furia la quincha, sin poder pasarla. Tenía a su alcance una limeta llena, y en el fogón se iban dorando unas costillas de vacuno en tanto él se había metido de cuerpo y alma, y apelando a su memoria, en la función del prestidigitador. Estaba maravillado y abismado. Si no fuera por aquella moza tan linda, tan mansa, y tan suave que lo acompañaba, él hubiera dicho que era el mismo mandinga el que había actuado en la sala de la casa de Correa. Y allí se hubiera persignado tres veces y salido más ligero que el viento. Era un brujo por lo alto, sería ricazo porque sus manos llovían milagros... hasta que sintió los cuatro disparos. Afinó el oído, quedó tenso, esperó. Oyó otros dos tiros más. No había duda: en el paso, o cerca de él, pedían auxilio. Se rascó el moterío por lo largo, y en seguida pasó cinco buches de caña, de los grandes, garganta abajo.

—Tengo que dir por projimidad, —se dijo.

Y salió a ensillar caballo.

La noche se acercaba y el prestidigitador la veía acercarse con el alma más negra que ella. Los caballos, luego de patalear enredados en tiros y riendas, pudieron enderezarse. Quedaron sobre las cuatro

patas hechos arco, inmóviles bajo la catarata. La mujer lloraba...

Y allí llegó Cicerio, jinete en un moro gordo, desaparecido bajo un poncho patria que venía hecho acero por el agua recibida. Se apeó, y se arrimó al carruaje. Y midió exactamente la dimensión de la catástrofe. Pero cuando reconoció al hombre su asombro pasó los límites. Exclamó:

—¡Güé!, —y enseguida—: ¿Se le espantó algún caballo, don?

—¡Yo qué sé! —respondió el otro—. Sé que la lluvia me encandiló los ojos, y que casi nos matamos.

—Dígame una cosa: ¿usted no es el máistro de brujo que trabajó en la estancia de don Correa, mi patrón?

—Sí, señor.

Cicerio entró a cavilar. No se explicaba cómo aquel viviente al que había visto devolver sanito un reloj después de haberlo hecho mazamorra en un mortero, estaba allí más derrotado que gato que le vuelcan la caldera. Y la doña, que se había ensartado una aguja en la barriga y por ésta pasado como media cuadra de piola, que le salía por la espalda, ahí estaba tirada entre el fardaje llorando a moco tendido, que ni pavo rastrojero...

—Pero amigo, —volvió a hablar Cicerio—: ¿y usté, con tanta sabeduría, no pué enderezar ese carruaje?

El puestero se sacó el poncho, arrimó el caballo, desprendió el lazo. Vació el coche, lo cinchó lejos patinando sobre los pastos mojados... y al fin en trabajo tan de sabio como de Hércules, enderezó el breque, acomodó tiros y riendas, prendió los caballos... y media hora después llegó al puesto. La camiseta y las bombachas las llevaba pegadas a la carne; y a cada relámpago el ébano de su rostro relumbraba.

—Ganen ese cuarto, que es el mío, desnúdense y tápense con lo que encuentren. Y vayan pa la cocina.

Y en la cocina cocinó Cicerio.

Ocho días después llegó el puestero a la estancia.

Y dio el parte. Correa lo mandó comparecer al comedor donde había terminado de almorzar.

—A ver, Cicerio: ¿qué fue lo que le sucedió al artista? Yo hasta ahora estaba convencido que había llegado al Brasil...

—Vea, patrón: estaba en el puesto amargueando y viendo cómo lo que me quedaba de un costillar se iba poniendo a punto, cuando sentí unos tiros. Ensillé el moro Acordiona —me han notificao que este nombre es pa yegua; pero como mi moro es mesmamente un estrumento de doble teclao, y dispués le diré el por qué, jue que le puse este apelativo—. Monté, y puse nariz a los tiros. Y vide, como a unas veinte y tantas cuadras del rancho, el carruaje del máistro brujo como si quisiese dir por las nubes, con la baca abajo de las ruedas. Los matungos estaban como estampaos en la cerracina, y los cristianos lo mesmo. Lo hubiera jurao el alcalde y no lo hubiera créido porque yo lo taba viendo y no lo créia. Aquel viviente y aquella cristiana que yo los vide embrujándolo tuito, allí los miraba como sapos en la güeya de una rueda de carreta. Me tiré del moro, enarbolé el poncho, levanté el peludo, y con carro, matungos y cristianos llegué al puesto. Allí pasaron dos días hasta que bajó el paso. ¡Los viera comer, patrón! Me removieron la limeta como ocho veces, hasta que la dieron de baja; charque, porotos, arroz y fariña pasaron por la olla en coluna cerrada; media damajuana de vino, que la cuidaba mejor que a mi moro, quedó más seca que caparazón de cangrejo muerto de año. El brujo se réia y la mujer cantaba. Si siguen cantando y réindose dos días más me comen los perros... Pero eran gente de ley, patrón. Al dirse me quisieron dar dinero. Yo les dije que projimidá por plata no es projimidá. El hombre se me arrimó, me miró por lo projundo, y me dijo:

—Usté, amigo, me ha llamao siempre dende que llegamos a su casa, de máistro brujo. Yo no soy na más que un manotiador ordinario. ¡Brujo es usté, amigo, y de los más empinaos! Aquel levante del carruaje, y estos días que aquí hemos pasao, no lo

hace ni un santo; tal vez nuestro Señor, que de una pipa de agua la hizo de vino... Y me abrazaron, y hasta lagrimiaron me parece... y se jueron.

Calló un instante el negro Cicerio. Después siguió:

—Patrón, vine a renovar el surtido.

Correa dijo:

—El artista tuvo razón, Cicerio, ni un santo hubiera hecho quizá lo que tú hiciste. Tus surtidos desde hoy serán dobles, lo mismo que tu sueldo. Lo único que siento es no tener el poder de nuestro Señor para cambiar en vino el agua del arroyo de Poleón...

—Con mandarme doblar la damajuana en el almacén, patrón, alcanza; a lo pior, con el arroyo a mano hecho vino, me daba por desnortiarme...

LAS DOS SENTENCIAS DEL CAPITAN LEZAMA

Se sintió un grito en la noche que hizo estallar el estridente ladrar de la perrada. Venía del campo. El dueño de casa, don Ciriaco Lezama, abrió la puerta y metió la mirada en las sombras. A veinte pasos un jinete había sofrenado.

—¿Qué se le ofrece?

—¿El Capitán Lezama?

—Sí, señor.

—El coronel Galván, que se presente con su gente.

—Muy bien. Apéese y dentre a comer algo, y a dormir, si le parece.

—Tengo que seguir chasquiando, capitán. La cosa hirve. Adiosito...

Al caer la tarde Lezama iba al frente de treinta hombres. El grupo marchaba rumbo al sur, erizado de carabinas y de lanzas. Acamparon, durmieron a monte, y pasada la noche madrugaron y siguieron. Ya claro el día se les incorporaron dos. Una hora después se sumó otro. Era un hombre joven, de enrulada melena rubia, casi dorada, ojos grises, punzantes, boca sensual que cubría un bigote y una barbilla sedosa.

—A usté no lo conozco, amigo. ¿Es del pago?

—De lejos.

—¿Cómo se llama?

—Pedro Figueredo.

—¿Usté sabe quién soy yo?

—El capitán Lezama. Quiero servir con usté, acompañarlo.

El escuadrón siguió cortando campo. Echaron abajo tres veces los alambrados que Lezama hizo dejar como estaban. A mediodía comieron frugalmente. Iban saliendo de la sierra cuando sintieron

una descarga. Chiflaron sobre ellos algunos plomos. Poco después, ya en campo abierto vieron irse, desalados, a diez o doce hombres. Sobre la tierra quedaron tres, caídos, uno de ellos adelante, lejos. Lezama los observó uno a uno. Dos estaban muertos; el tercero herido, con una pierna sangrando, desgarrada por la tremenda herida de un proyectil de remington. Lezama tuvo que clavar espuelas para llegar hasta él pues vio que a su lado desmontaba el rubio incorporado ese día, Figueredo, desenvainando un largo facón. Los brazos del herido se alzaron como escudándose. El capitán emitió un grito agudo que clavó en el suelo al otro. Llegó hasta él.

—¿Qué vas a hacer?

—Despenarlo.

—En mi escuadrón no se despena a naide.

Y mirándolo torvamente siguió:

—¡Muy desalmao hay que ser pa matar un cristiano cáido y herido! ¡Que no te vea en otra ocasión como ésta!

Montó el rubio y enderezó a los guerreros que ya se iban agrupando. El capitán galopó a un rancho que estaba muy lejos. Allí llegó y tuvo que llamar tres veces. Asomó una mujer, temblando y llorando.

—No se asuste, doña, ni llore. Mire: allá en la puita del cañadón, hay un hombre herido. Haga por traerlo y atenderlo como Dios la ayude. Nosotros vamos de apuro, carcule...

Siguió despacio esperando a los hombres de su escuadrón que se acercaban al trote largo.

No habían hecho mucho camino cuando Lezama —que iba reconcentrado— dijo:

—Viá llegar de nuevo al rancho a dar una orden...

Torneó el caballo. Pero pasó de largo por el rancho, donde ya habían aparecido dos mujeres más y hasta cinco niños. De lejos vio que el herido había sido ultimado. Estaba degollado de oreja a oreja. Volviendo se detuvo frente a la casa y dijo a las mujeres:

—El herido jue degollado. Déjenlo. Tengo que arreglar una cuenta...

Al llegar de nuevo al escuadrón, que seguía rumbo al sur, gritó:

—¡Alto!

Y después:

—A ver, vos Virgilio, y vos Maneco, y vos Casildo: manéen a ese hombre.

El rubio paró de manos a su montado y echó manos a una pistola. El capitán acicateó con fuerza su bayo, que dio un bote enorme, y lo hizo golpear con su ancho encuentro en el costillar del otro. El impacto fue brutal. Los tres nombrados se echaron sobre el rubio y lo tumbaron en tierra. Le ciñeron los brazos con un sobeo. El capitán se apeó y observó largamente al caído.

—Te dije, ruin, que en mi escuadrón no se despena a naide, asina esté en la última pena. Mataste un hombre que no te podía enfrentar, tirao y desangrándose, pa robarle el cinto que llevás, bandido. Quién sabe qué historia tenés; ¡pero se termina pues ésta es tu última fechuría! ¡A ver, horquétenlo en un caballo, y vamos a la punta del cañadón, ande está el degollao!

El tropel espantó a dos caranchos que estaban sobre el ultimado cuyo aspecto era horrendo: la piel que cortó el facón, en el cuello, al estirarse plasmó una herida espantosa. Uno de los caranchos había picoteado un ojo, saltándolo. Del otro, semiabierto, salía un estremecedor y helado mirar. Se apearon todos. El capitán mandó apear a Figueredo y con el mismo sobeo que venía reatado lo amarraron pegado al muerto, rostro con rostro. El rubio lanzó un suspiro hondo, que salió como un gemido, desorbitó los ojos, apretó las mandíbulas. Y allí quedó abrazado al cadáver. Los hombres rehicieron el camino, se perdieron en la lejanía.

La noche cayó rápidamente. Figueredo había cerrado los párpados. Estaba inmóvil, el pensamiento y el razonar se le habían oscurecido del todo. Cuando las sombras se aplastaron sobre el campo sintió que el sudor que le había empapado la camisa se enfrió de golpe. Comenzó a temblar. Su temblor sacudía levemente al muerto como en una fantástica

resurrección. Tenía los brazos dormidos y las piernas lo torturaban donde las apretó el sobeo. Y fue entrando poco a poco en un sueño extraño lleno de visiones satánicas, delirantes...

Bruscamente se despertó y abrió los ojos. Amanecía. Sintió en los suyos el ojo del degollado y la cuenca vacía del otro. Instintivamente quiso enderezarse y al mover el muerto, por la boca de éste escaparon gases fétidos que al pasar por la doble fila de los dientes hicieron un tenue silbido. Entonces sintió que su cabeza ardía en tanto su cuerpo estaba sin vida. Y emitió un grito cortante, potente, en el se habían unido el terror, el espanto y la desesperación. Y siguió haciendo vibrar el aire con aquellos gritos empavorecidos que eran alarido y queja...

* * *

Casi dos meses después de su partida el capitán Lezama volvía a su pago. Una legua antes de llegar a su casa se arrimó a a pulpería de Bentos. De lejos, antes de apearse vio, sentado en la losa que servía de escalón a la puerta, un hombre. El escalofrío le rayó la espalda. Melena, barba y bigote, dorados, hacían casi desaparecer el rostro. Las chispas de sus ojos grises eran violentas, como afiebradas. Estaba rotoso, casi desnudo. A su lado tenía dos o tres choclos asados. El capitán se apeó, pasó cerca de él sin mirarlo, y entró. Llamó aparte a Bentos.

—¿Quién es el hombre que ta sentao en la entrada?

Bentos iba a responder, pero contuvo las palabras. Lo quedó mirando, indeciso.

—¡Hablá, Bentos!

—Mire, capitán...

—¡Hablá, Bentos!

—Ese hombre apareció hará mes y medio. Venía sumido de hambre y de mugre. De vez en cuando daba un grito o se reía. Yo lo atendí como pude. Aura se pasa todo el día ahí, ande está, o abajo de la enramada. Cuando llega la noche se hace un ovillo con un poncho viejo que le di. Cada tanto

pega un grito... Ya tamos hechos a ese grito, pero al prencipio nos paraba los pelos de punta...

Bentos calló un instante. El capitán seguía frente a él interrogándolo profundamente con su mirada.

—Mire, capitán: ese hombre taba amarrao a un degollao. Lo encontraron las mujeres de un rancho que habían sentido los gritos en el amanecer. Cortaron el sobeo y él salió corriéndose y cáindose, cáindose y corriendo, y siempre en un grito

Tras esa palabra Bentos hizo un dramático silencio que cortó Lezama:

—Yo lo hice amarrar al muerto, Bentos.

—Aquí ya se sabe eso, capitán.

—Jue una justicia muy dura, pero jue justicia, Bentos.

—Tal vez, capitán...

—¡Sin tal vez!

Lezama salió de la pulpería. Antes de montar miró largamente al desdichado que en ese instante iba desgranando el maíz con sus dientes magníficos de hombre joven. De vez en cuando reía...

—¡Lo debí matar —murmuró Lezama— jue demasiado lo que hice.

Subió a caballo y en vez de tomar a la izquierda, que era el rumbo de su casa, siguió por la senda de la derecha, que iba al norte. Anduvo todo el resto del día, inmóvil sobre el caballo. Al anochecer iba al paso, lejos de toda senda o camino, en lo más áspero y sombrío de la Sierra del Perdido. Desmontó, desensilló y espantó a su bayo cuya boca blanqueaba de espuma. Se sentó sobre una piedra plana y se voló los sesos con un tiro de pistola.

EL TRIO SILVERIO ESPINOSA

Algún domingo que otro el paisano Silverio Espinosa llegaba al comercio de Canuto Fragoso. El paisano Espinosa era alto y magro. Sus bigotes de media luna y su pera tendida le daban mucha semejanza con don Alonso Quijano. Pausado su hablar, sonoro su acento, ceremonioso su modo. Por lo general era parco en palabras; pero cuando le daba por soltar al aire algunas, salían bajo la tutela de amplios y elocuentes ademanes. Tal ocasión, singularísima, que llegó a exaltarse, de pie parecía más que un hombre un molino de dos aspas en pleno vuelo. Para terminar este breve perfil del paisano Espinosa diremos que bebía nada más que una copa por domingo, el domingo que hacía acto de presencia en la pulpería de Canuto Fragoso.

Ese feriado de fin de diciembre, sobre las nueve de la mañana, el despacho de bebidas del citado comercio estaba colmado. Allí llegó Silverio Espinosa, al trote de un overo negro .Maneó contra el palenque y entró parsimoniosamente. Con voz grave dijo:

—Güen día al barrer. A ver, Canuto, una giniebra.

Cuatro o cinco clientes que lo conocían de vista le hicieron sitio junto a ellos, en torno a una mesa. El bullicio era grande. La fuerza vital del sol que hacía temblar el aire llegaba hasta los retrucos, que sonaban como tiros, y hasta las riscotadas, que estallaban igual que un disparar de caballada.

Canuto iba y venía, recorría todos los recovecos de su negocio chorreando poros afuera el agua que iba sorbiendo de un porongo gigantesco que con exacta regularidad entregaba a un negrito que tras él mar-

chaba caldera en mano, y de él lo recogía, espumando la boca al ser cebado con alta solvencia.

Parece que la marcha cumplida entre la estancia, donde Silverio trabajaba de guasquero, y la pulpería donde había llegado, marcha bajo un cielo recalentado como fragua y sobre un camino calcinado, subió en dos o tres puntos la sed con que el hombre arribaba siempre. De ahí que rebasó el vaso de rutina y pidió otro, explicando:

—¡Calor y venga a ver!

Pero el segundo vaso fue un acicate, una espuela llorona que picó su garguero. La cuestión es que a mediodía el paisano Espinosa había pasado, y lejos, su nivel habitual de líquido inflamable. Tuvo que comer del guiso criollo que la doña de Canuto había hecho, y con él los compañeros de mesa, que también habían llegado al "tiemple del diablo". Luego se embutió medio quilo de queso y tres cuartos de un dulce de membrillo negro y espeso que, más que membrillo, parecía compota de hígado.

De pronto surgió entre la tejida conversación:

—Dígame, don Silverio, y desculpe: ¿cuántos años tiene?

—No tengo nada que desculpar, amigo. Hasta aura he sabido vivir sesenta y tres veranos.

—¡Pero amigo... si ta apotrillao!

—Y... entodavía corto un tiento más delgao y más parejo que una cerda. Hasta aura no me ha fallao la vista, ni el diente, ni... güeno: mis ejes han llorao por allí y cantao por acá; pero siguen firmes, la carreta pué andar entodavía unas cuantas leguas...

—¡Ah, don Espinosa! ¿No me negociaría la receta?

—¿La receta? Vea amigo: si para la oreja se la pué clavar bien en el arca'el mate. Y pué dirse con ella y usarla como guste sin desembuchar ni un cobre.

Y el hombre encendió un chaludo, acabado de liar, que ardió como un trasfoguero, acomodó el pecho y comenzó:

—Yo jui parido y criao en un pago poco pa acá de la Florida, ande había mucho viviente güeno,

pero que taba por muy abajo del malevaje. En ese entrevero me jui estirando: bien por acá, rigular por allí, y pior por allá. Jui golpeao como cuero pa tambor pero salí bien sobao, créamelo amigo. Perfetamente. Andaba sobre los diez y seis años cuando tuve una pechada muy fiera. Dispués de unas yerras hubo festejo y en ese festejo nos dudamos con otro. Me destrataron, pelé una daga que siempre cargaba, v cuando jui a comenzar el viaje hasta el buche del otro, alguien me gritó de adentro; de adentro mío, uno que yo ni soñaba que me taba acompañando. "¡No, Silverio, no te tirés que te perdés de por vida!" Doblé el codo y reculé un paso.

Los atajadores nos apartaron. Esa noche me di en cavilar sobre aquel grito y aquel consejo. No pasó mucho tiempo cuando en unas domas pedí la bolada. Estaban orejiando un potro crudo, más malo que macaco celoso. Yo había chupao bastante de una guampa que con caña cargaba un negro. Miré al pangaré aquel como si juera borrego guacho. Y cuando me taba acomodando el chiripá pa dar el salto, aquel mesmo que me gritó en las yerras, y con el mesmo tono, me golvió a alvertir allí: "¡No montés, Silverio, que con el adobe que te baila al primer empine de este bruto vas a dir al mesmo alto del Cerro Quebrao!" Compañero, se me aflojaron los resortes. Y jué en la noche de ese día que conocí que eran dos los Silverios que iban haciendo el mesmo camino conmigo. Uno, capaz de sacudirse con Mandinga: atrevido, encalabrinao y hasta desnortiao, y más dispuesto pa una fruncida que trabuco de matrero; el otro, superior en prudencia a un flaire, y en tranquilidá a un güey jubilao. Perfetamente. De estas me sucedieron algunas en las que siempre, al filo de perder hasta los botones del tirador, me salvé con el cuero y las mentas sanos. Pero jué en el pago de los Morales, hará treinta años de esto, ande resolví quebrar del tuito con el Espinosa de los consejos y de las alvertencias. (Silverio alzó la voz: —¡A ver Canuto, trái más carlón pa la rueda; yo al menos toy con el tragadero como arena de tembladeral! y siguió:) Como les dije, allá en el pago de los

Morales empecé a cambiar suspiros con una china que tenía los ojos como ñacurutú macho. En los bailes la cosa corría con sosiego hasta que ella dentraba. Dentrar ella y enarbolarse el gauchaje era tuito uno. Comenzaban a mirarse de reojo y a gruñir como perro en cadena. Pa cortar: en un festejo le llevé la carga. Me retrucó, haciéndose la taita; pero le solté un valecuatro a boca de jarro que me entregó guardia y campamento. Jué el Espinosa bellaco el que le echó el valecuatro. Y jué el mesmo el que siguió la tinguitanga. La rodié y convencí que nos teníamos que acoyarar militarmente.

Dentrar en la coyunda legal no taba en mis cálculos. Yo era un potro de sierra que no quería cáir en rabón de deligencia. Aquella china sería como otras que las comí como güevo quimbo, me limpié la jeta y... adiosito. Y aquí jué cuando dentró a apuntar el otro Espinosa. Tuitas las noches me salía con la mesma letanía: "Silverio, no seas desalmao, Silverio asentá los sesos, Silverio vas a llegar a carcamán y naide te lavará los mulambos ni te cuidará si cáis enfermo. La china es güena, Silverio, guapa, juerte y hacendosa. En una de esas la soltás con cría y será pa tu maldición; y que por aquí y que por allá. Perfetamente. Me casé con juez y cura. Al mes nomás la doña empezó a sacar la garra pa juera. Parecía gata mansa y terminó por abrir la zarpa a lo yaguareté. No había salido el sol cuando rompía la diana.

Yo al prencipio dentré por aflojar. Cinchaba que ni turco con cajón al hombro. Una noche que cái medio floriao me sacudió un soterazo que cuasi me desnuca. Pa pior se vino a vivir en el rancho su mama y entonces la cosa jué como vivir metido en un horno. Yo trajinaba, sudaba, comía mal y dormía pior. Hasta que una vez, dispués de un medio día, ensillé caballo y gané la pulpería de Marcelino el zurdo. Iba campo ajuera y ya el resuello lo sentía liviano. Jugué como cien trucos, a caña por truco. Salté y retocé... y era la media noche cuando retumbó la puerta. Abrió Marcelino y aparecieron mujer y suegra. Entonces el Espinosa bellaco se su-

levó del tuito. Descolgó un arriador que por allí estaba y empezó un son de serenata muy superior. En el borbollón sentía a veces, medio cortaos, los gritos del Espinosa flaire. Pero era como tirar pólvora a las brasas. A cada consejo el son del arriador se hacía de uno cien. Las dos mujeres también gritaban y por último gritábamos tuitos. ¡Jué una diversión sin empardé! De madrugada ensillé caballo y sin decir esta boca es mía enderecé pa este pago, ande llegué hará treinta años, y hace treinta años vivo muy orondo y muy lirondo. A caballo venía al tranco manso. Dos o tres veces me quiso llamar al orden el flaire; pero el otro Espinosa le cortó el pasmo muy superiormente. "Cierre la jareta y oiga: no se meta más en el trajín de mi vida, guárdese sus consejos ande más le convenga y déjeme solo por las güenas si no quiere dejarme por las malas." Pero era como burro mal domao. Siguió la mesma tonada hasta que, cuando llegamos a la Picada de Mansilla, me tiré de golpe en el arenal del playo y me encañoné en la sien una Lafouché de doble boca, que era como pa matar mulas. Y hablé: —¡Callate de una vez por tuitas o aquí mesmo volás aunque tenga que acompañarte el otro!

Dende ese día el flaire se hizo penche y mesa limpia. Solteriando y con el otro Espinosa que me quedó, he vivido como he vivido. Tengo sesenta y tres, como dije, y entodavía corto un tiento más fino y más parejo que una cerda. Ansina es que... ¡A ver, Canuto...

EL CASAMIENTO DE SALCEDO

Esto fue allá por el pago de los Artola. El acordeonista cerró el instrumento, pasó las trabas y lo dejó en el suelo. Sacó sus avíos de fumar. Era un indio viejo, de rostro curtido. Se abrieron las parejas de bailarines, unos se sentaron, otros salieron al patio donde, sobre una gran mesa, estaban los licores y los dulces. Pasó un momento en que el bullicio cambió de tono. El músico apagó el pucho, lo atravesó en una oreja. Levantó el acordeón, lo destrabó y dijo con voz aflautada:

—Aura viene un valse. El que sepa bailar tiene que hacerlo cambiando la güelta por la derecha sobre cada ronda.

Ahí fue cuando atravesó la sala Leonel Salcedo. Sus pasos sonaron duros sobre el piso de cupí al que una negrita acababa de echar dos o tres chorros de agua. Era un hombre rubio, de ancho pecho, un poco combadas las piernas. De sus ojos verdosos salía un suave mirar. Enderezó sus pasos a una moza que junto a otra tejía una relación corrida. Se detuvo, tendió la diestra y dijo:

—Si gusta...

Ella lo miró y respondió:

—No bailo.

El volvió y salió al patio.

Sonó el vals. Una por una fueron entrando en la rueda las parejas. Algún grito velado, tal risita cortada. El acordeonista aceleraba el ritmo y los pares iban cayendo en el torbellino. Asomó el hombre rechazado y vio a la moza girando, riendo, y con los ojos clavados en los de su compañero. Cuando pasaron frente a él, el hombre detuvo el movimiento

cerrando una mano sobre el brazo de ella, que dijo airada:

—¿Qué hace?

—¿Cómo dijo que no bailaba?

—¡Con usté!

En la boca de él se hizo una breve sonrisa. Y habló:

—Primer yegua que me niega el estribo!

El que iba con ella dejó caer una mano sobre el rostro de Salcedo. Se sintió como el seco estallido de un cohete. Leonel dijo:

—Te espero ajuera. Si no salís vengo a matarte aquí adentro.

Desapareció por la puerta que daba al camino. Al otro lo detuvieron.

—¡Déjenme salir! —gritaba.

Pero las mujeres y los hombres que lo sujetaban gritaban más. Entró nuevamente Salcedo. Y su voz, de imponente timbre, se sobrepuso a todas.

—¿Quieren que yo cargue con la cachetada y él con su par tratao de yegua? ¡Larguenló!

Y su facón, que había desnudado, de plano cayó violentamente sobre la cabeza de uno, y como un relámpago sobre la de otro. Se aflojaron los brazos de todos.

—¿Qué tás haciendo? —gritó al desafiado, que había quedado inmóvil.

—Dejé mi puñal entre los pelegos...

—¡Andá a buscarlo!

El otro salió.

Se hizo allí un angustiado callar, un silencio que se iba haciendo largo, largo, cada minuto más dramático. Leonel se encuadró en la puerta que daba al patio:

—¿Entoavía no has hallao el arma?

Una voz grave sonó en las sombras:

—Acaba de dirse el hombre. Desmanió... y ya va lejos.

Entró Leonel envainando el facón despaciosamente. Y expresó con mansa voz, de nuevo sosegados los ojos:

—Mejor que se haya ido. Yo me salvo de una matreriada ,y esta moza —señaló a la del repudio— no perderá su palomo. ¡Adiosito!

* * *

Cierto día en la estancia de Artola el padre cura Echeverri cristianaría unos cuantos muchachos: dos bisnietos del patrón, algunos hijos de peones y de vecinos. En total: doce mamones rubios, pardos y negros. El festejo sería de los que dejan mentas por años.

La cosa comenzó a mediodía, siguió de tarde, y a medianoche ardía. En esa hora fue cuando allí echó pie a tierra Leonel Salcedo quien, después de pasados dos años —desde el incidente en el baile— volvía a su pago.

Soltó el caballo, cargó su apero en el galpón y entró al baile como Juan por su casa, pues había sido peón de aquella estancia, y muy estimado. En ese mismo instante los músicos anunciaban que iban a tocar la "polca del pirú". Las mujeres empezarían bailando entre ellas y luego, una por una, irían sacando a los hombres de sus sillas, diciéndoles:

—¡Al gallinero, pirú te quiero!

Leonel, mirando el ajetreo de las mozas y oyendo los primeros compases de la polca, de pronto miró desprenderse a una y enderezar hacia él. Quedó pasmado. Era la misma de aquella noche, la yegua que le había negado el estribo, que se le enfrentó y dijo:

—¡Al gallinero, pirú te quiero!

El reculó un paso y expresó, duramente:

—¡No bailo!

Ella clavó sus ojos en los de él. Y murmuró:

—Ta bien, ta bien, desculpe...

Y salió tironeando otro pirú. Pero también salió de pirú Leonel con otra par que lo invitó al gallinero. No terminó la primer vuelta cuando se sintió inmovilizado, prendida en su brazo la diestra de la moza rechazada.

—¿Cómo que no bailaba?

—¡Con usté!

La boca de ella trazó una tenue sonrisa en tanto sus ojos, seminivelados por espesas pestañas, destellaban punzantes. Y se oyó —todos oyeron— en la voz alta y de claro timbre de ella:

—¡Primer burro que se me niega a entrar entre varas!

Entonces la que iba con Leonel se le colgó de las trenzas, unas trenzas espléndidamente largas y negras... Y se formalizó un bochinche que sólo pudo aquietar el vasco Artola quien, a pesar de haber cumplido los noventa y ocho, enarboló un garrote que parecía un principal de alambrado, como si fuera bastón de paseo. Y además era el amo.

* * *

Seis meses después se celebró el casamiento de Leonel Salcedo con Florencia Bentos, que así se llamaba la que él había tratado de yegua y que a él lo puso en el mismo nivel de un burro chúcaro.

En el instante que el Juez de Paz, la pareja y demás yuyos levantaban copas y vasos para el primer trago, apareció un mozo, algo cohibido, solicitando licencia para compartir el brindis. Era el mismo de la cachetada en aquel baile... Florencia y Leonel lo conocieron muy bien. Al fin Salcedo habló:

—¡Cómo no, amigo! Dentre en la rueda. Entre usté y yo nunca hubo nada.

—Gracias ,amigo.

Las rondas siguieron y no mezquinas. Al Juez tuvieron que acomodarlo en un sillón, el viejerío estaba prima arriba y el mocerío con el "tiemple del diablo". Leonel y su compañera se habían sentado en un rincón de la sala a mirar bailar una mazurca. En eso se les arrimó el mozo aquel haciendo en el piso unas rúbricas como aquellas que firuleteaban nuestros bisabuelos cuando firmaban. Pudo sujetarse y se dirigió al recién casado.

—Vea nomás, compañero, las güeltas que da la vida. Dispués de aquella noche de yo haberle tocao el cachete y juido, comencé a tribular. Yo andaba como ñandú criao guacho, loco por esta joven, y

por eso se me jué la mano. Pero cuando lo vide dentrar y abrir raya facón en mano, se me entibió el hígado y juí. Y en la juida perdí par y mentas. Dentré a otro pago, se me sosegó el hervor. Y mire, pa que vea: con todo eso salí de perdedor. Porque afiguresé que no hubiera habido sopapo, ni facón, ni juida. A estas horas era yo el que había dentrao en sociedá con ella; ya ve, acoyarao con una yegua...

De una pieza quedaron los recién casados y todos los que siguieron de oreja parada la retahila del hombre. Hízose un silencio extraño, una laguna en medio de la mazurca que salía áspera de un acordeón asmático. Y el mozo, como queriendo suavizar lo dicho, terminó:

—Güeno, también hay que decir que ella se enyuntó, como castigo, con un burro bellaco.

Violentamente pusiéronse de pie Florencia y Leonel. Miraron al otro con intención de fulminarlo. Y se miraron ellos. Y ella lanzó una carcajada aguda, a la que siguió otra de él. Las dos explosiones se abrieron como ronda de lazo y se tendieron por la sala, y salieron al campo, puertas y ventanas afuera. Y ya se les juntó un viejo y enseguida el sargento Pascual Lima, famoso por su voz pues contaban que cierta noche, medio caldeado, jugando al truco arrojó un valecuatro tan encorpado que apagó los tres candiles que alumbraban la carpeta. Al poco rato las carjadas rebasaron la mazurca, el estruendo levantó la quincha del rancho. Y el mozo que había llegado a la hora de los brindis saltó a caballo, empavorecido por aquello que le había caído tan de golpe, y sin explicarse el por qué, desapareció en las sombras de la noche .

EL CASO DEL PAISANO ANICETO ORTEGA

Aniceto Ortega era peón, hacía muchos años, en lo de don Diego Canosa, dueño de una estancia inmensa, cimarrona, en la que ya muertos sus dueños y los hijos y nietos de éstos, recién se hicieron bretes y baños como se debe. Las yerras, campo afuera, más lucían por fiestas bárbaras que como trabajos de hacienda. Desde el amo hasta el peoncito de piquete y barril eran redondos y duros como piedras de boleadoras. Sin embargo, don Diego Canosa había impuesto cierta disciplina y cierto orden allí y, sobre todo, hombre bondadoso, su bondad se había filtrado en el espíritu de todos sus servidores. Hasta su esposa, y su hija menor, bastante cascarrabias, habían aprendido a moderar sus desplantes.

Aniceto Ortega ya andaba por cerca de sus veinte y ocho años. Era hombre grave, circunspecto, un poco retraído. Y solterón. Su soltería le había dado una paz interior que se le conocía en el engorde: vientre un poco saltado, piel tensa y relumbrosa. A veces, algún domingo, ensillaba uno de sus caballos —era dueño de tres— y llegaba hasta la pulpería del gallego Paredes, que quedaba a unas tres leguas de la estancia. Pasaba allí la tarde jugando al truco y empinando el codo pues, como él explicó alguna vez "ese día abro la puerta y le doy viento al otro Ortega que llevo acoyarao con el que soy legalmente".

—¿Qué otro Ortega?

—El que dispués de los diez vasos se desnortea, y se horqueta, y marcha al pueblo pa meterse en cada cerracina que cuando güelve a la estancia, dispués de una semana, llega como si se hubiera comido tres tatuses peludos sin descatingar...

Después de tales llegadas —que las hacía rabo entre piernas y pidiendo disculpa por la falta— pasaba dos o tres meses sin moverse de allí .Canosa decía:

—Son vericuetos que cada hombre tiene. Es pión superior y hay que saberlo desculpar.

Y el tiempo seguía pasando...

Ese domingo, Aniceto, sobre la llegada nomás tuvo unas palabras con el pulpero Paredes. Pidió una ginebra doble, levantó el vaso hasta el nivel de sus ojos, y lo dejó de nuevo sobre el mostrador. Y calmosamente habló:

—He visto, don Paredes, que sus vasos se tan poniendo como negra mina o como mosca queresera: pura bunda. Y es asina que por esa suerte pa usté, y disgracia pa mí, el precio no merma anqué la giniebra sí.

De hito en hito lo miró el gallego, que era despejado y agudo; gallego de hablar pausado en un castellano saturado del todo en el rancio acento de la lengua que tan armoniosamente usó Curroz Enríquez (pues había llegado a América a los diez y ocho años cumplidos); taimado, leguleyo, y zahorí de ciertas lecturas clásicas —que las entendía a su manera— lo que lo hacía empinarse, en algunas circunstancias, sobre los hombres del pago. Con tono un tanto irónico y punzante suficiencia, Paredes habló:

—¡Mira... bebe y calla, Rocinante!

—¿Cómo dijo?

—¡Bebe y calla, Rocinante!

Había bastante gente en el despacho. Ortega observó a todos, uno por uno, y no notó nada que pudiera decir si aquella palabra que le descargó Paredes era ofensiva o no. Este siguió atendiendo a la clientela. Ortega se rascó la cabeza durante un largo rato. Después volcó la ginebra, pagó, se acomodó el sombrero, corrió el barbijo. Salió y montó a caballo. Y retornó a la estancia.

Al otro día, amaneciendo, Canosa se le acercó.

—Te hacía por el pueblo, Aniceto.

—No, señor. Son cosas...

Extrañó un poco al estanciero la insólita actitud del peón.

—¿Qué te pasa?

Púsose de pie, Ortega, y habló:

—Venga.

Aniceto había clavado bien en su mollera la extraña palabra. Y la conservaba monda y lironda pues por ser analfabeto su cerebro era casi virgen y prodigiosa su memoria. Era de los que en un rodeo de mil cabezas no se le escapaba la falta de una. Afuera los dos, expresó:

—Diga, patrón: ¿qué quiere decir Rocinante?

—¿Rocín qué?

—Ante.

—¡Yo qué sé! ¿Por qué me preguntás eso?

Ortega explicó lo ocurrido. Aquí el escamado fue Canosa. Consultó a su mujer y a sus hijas. Nadie sabía nada. Marchó a la cocina. Interrogó a una morena anciana:

—Usté, Ña Sica, por ser brasilera, y con algunas canas, ¿no sabría decirme qué quiere decir Rocinante?

—¡Na miña vida oí tal cosa! Pode ser pra bain, mas pode ser pra mal...

Canosa hizo escribir una carta por una de sus hijas —que apenas sabía hacerlo. Y la dirigió a un compadre suyo, en el pueblo, que era escribano. Mandó un peón con ella, que regresó a los dos días, con la contestación y un libro. "Lea, compadre Canosa, ese libro y se enterará quién es Rocinante".

Y la hija menor del hacendado, luego de las tareas del día, a la luz de una lámpara comenzó la lectura de Don Quijote de la Mancha. Le hacía rueda casi todo el cuerpo de peones y peonas. No había terminado la primera parte cuando Ortega una noche se desveló. Y empezó a decirse, y a calentarse poco a poco:

—¿Conque el tal Rocinante era un matungo flaco y entomecido que jinetiaba un sin yel a quien lo apaliaban a cada cruz de camino por hacerse el loco pa comer de arriba? Un carcamán desvergonzao, amigo de entroducirse ande no lo llamaban, dao a soltar leyes que sólo en su mate hervían, hacién-

dose jefe con un viviente gordo y bellaco, tan desvergonzao como él, que montaba un burro sarnoso que se llamaba... ¿cómo se llamaba aquel burro, canejo?

Y se desveló del todo buscando el nombre del burro que cargaba a Sancho, nombre que, quizá por el estado de ánimo que le dejó el diálogo con Paredes, no se plasmó en su memoria privilegiada durante las lecturas de la niña. Madrugó. Y cuando sintió que la niña de las lecturas se había levantado solicitó licencia para hablar con ella.

—Dígame, niña Clotilde, ¿cómo se llamaba el burro del pión asistente de don Quijano?

—Por las dudas, Aniceto, voy a darle un repaso al libro.

La cuestión de la pulpería había puesto ají en el ánimo de todo el mundo en la hacienda. Cuando se dieron por enterados allí que Rocinante era un caballo ético, la ofensa del gallego alcanzó desde el amo a la servidumbre. La mujer y las hijas de Canosa habían hablado ya dos veces con Aniceto diciéndole que tenía que liquidar honrosamente aquello. El les decía:

—Dejen que la bola corra...

Una hora después de la consulta, Clotilde lo hizo llamar, y aclaró:

—El burro se llamaba Rucio.

—¿Cómo dijo, niña?

—Rucio.

Pasaron los días y llegó un domingo que, por ser enero y estar el cielo limpio, el sol escocía como cumbarí. Ortega montó en un moro espejeante —el reservado de los tres que poseía— y puso proa a la pulpería. Allí llegó y cumpliendo su hábito pidió una ginebra doble. Y pasó cuatro más. Cuando Paredes le sirvió la quinta no pudo menos de decirle:

—Paréceme, Aniceto, que hazte desdicho de lo que dijiste sobre aquello de la negra mina o de la mosca no sé cuantos...

—Vea, don Paredes, le pido de favor que me oiga un poco, que pa eso he venido.

—Habla, hombre, pero abrevia.

—Mire, pues: si yo pa usté soy un matungo de costillar como encordao de guitarra, que pa pior montaba un viejo dao a hacer fechurías a punta de lanza, usté pa mí, ¡gringo lengua e'sapo, ladrón de bebidas con la brujería de vasos culones!, es un burrito bandiao de sarna, lerdo y cosido de mataduras, llamao por mal nombre Rucio, en el que viajaba el asistente del foragido que le menté, un viviente satisfecho y panzudo, tan sin color en los cachetes como su jefe, pero menos atrevido y menos sinvergüenza que usté. Eso es lo que he venido a declararle por delante de la mesma clientela que usté me destrató. Y se lo güelvo a declarar ande usté diga. Y si me trata otra vez de bicho, con nombre que yo no conozca, le dejo la boca torcida, como de horno de tapera.

Ya estaba en plena "cerracina" Ortega, como cuando cumplía sus orgías en el pueblo. Había alzado la pierna dos veces con intención de saltar el mostrador. Pero Canosa, que con cuatro o cinco peones había llegado antes que él, calculando al verlo montar el moro que se iba a jugar una carta brava, pudo detenerlo en el último amague, gritando:

—¡Aniceto, el descurso que has dicho yo no lo hubiera prenunciao asina me hubieran cruzao la cara de un latigazo! ¡Y vos tragá saliva, gallego, pues te ha cáido lo que buscaste!

Paredes tragó saliva; pero no tanto que le privara de decir:

—¡Sí, señor, merecido lo tengo, y felecito con toda enfusión a Aniceto Ortega a quien tenía por mala bestia resultándome un erodito de más de la marca! Quítole el cargo de Rocinante y quédome yo con el de Rucio, que bien me ha tocado. Pero que va a seguir bebiendo, mientras venga a mi comercio, en los vasos que sirvo, que de eso no le quede duda, ni a él ni a ninguno de los que aquí concurren, porque la casa mía es, ¡y mándola sólo yo!

DOS CARREROS

Al amanecer los encontró a unas dos leguas de la capital. Cerca del anochecer estaban desenyugando en una pequeña población, cumplida la primera etapa de un camino de casi cien leguas. Entraron en la fonda. Luego de cenar ganaron la cocina.

Hacía mucho tiempo que ocho veces al año hacían lo mismo: llegar a la fonda de paso, comer, ir a la cocina y hablar hasta la medianoche con la cocinera y la sirvienta. Decía el negro Jesús Madruga —uno de los carreros— de la morena Encarnación Gutiérrez, que de ella era novio "juramentao". Y el otro carrero —el rubio Feliciano Junco— de la sirvienta Justina Mendes, que con ella mantenía compromiso de casamiento "de por vida". El tercer carrero —lo era porque uncía y picaneaba los bueyes de una carreta cuyos dueños eran Feliciano y Jesús— era un mozo arisco y concentrado. No tenía compromiso alguno con mujer. Se llamaba Onofre Cuitiño.

A la mañana siguiente de llegar —corría el mes de agosto— a punto de seguir la ruta, ya en la puerta de la fonda, se despidieron. Como siempre.

—Güeno, güeno, adiosito —decía Encarnación—. A ver si pa la güelta desuñen los bueyes, largan las picanas y ese ayuntan con nosotras, ¡que ya nos van llenando con tanta carretiada pal norte y carretiada pal sur!

—Es asina mesmo. Te viá alvertir, Junco, que en uno de esos vaivenes me encontrás con el apelativo aumentao. Nos vamos enmadureciendo y ustedes desencarcumiéndose, y el catre sin hacer, —remataba Justina.

—Pa la güelta cumplimos el contrato...

—Y corremos la carrera. Adiosito...

Diez días después andaban a veinte leguas de allí, el camino corriendo lentamente, lentamente, bajo las seis ruedas de las tres carretas. Helaba o llovía. Soplaba un viento sin misericordia. Las bestias cinchaban. Los ejes chirriaban sordamente y los tres carreros, paso a paso, avanzaban hacia el norte curvados sobre los recados, con las narices, las orejas y los pies congelados; y los bueyes, los caballos de cambio, y los tres perros —todos una sola familia con los hombres— eran como sombras cumpliendo un fatalismo sombrío. Ruta sin horizontes, negra.

Acamparon mucho antes del anochecer, lejos del paso donde siempre lo hacían, en medio del campo, sin arrimo de monte. El camino se había vuelto imposible entre el fango, las zanjas, las piedras, una cerrazón espesa, lúgubre, y el aire erizado de puñales...

Pero el fuego surgió triunfal bajo la culata de una de las carretas al conjuro de Onofre. Y en torno a las llamas ondulantes y a las crepitantes brasas hicieron estrecha ronda los hombres y los perros. Arrimaron una caldera, ensartaron carne, apareció un frasco cuadrado. Cuando el mate, la caña y la pulpa retemplaron los ánimos se levantó la voz del negro:

—Mirá, Junco: ida, güelta, y penche y mesa limpia. Compro un pedazo de tierra, levanto un rancho, y me mesturo con la Encarna. La carreta se la dejo a Onofre, y los güeyes. Que me los pague como quiera y si quiere. Este juego que ha hecho hoy, y otras veces, vale por doscientas carretas y cuatro mil güeyes.

Se alzó otra voz, la de Feliciano:

—Yo digo lo mesmo. Se camina, se picanea, y se gana; pero también uno se acobarda. Viá cumplir con Justina, entre dos se entibia mejor la cama. Y, mirá, Jesús: si a nosotros nos castiga el camino, nosotros las castigamos a ellas. Ya pasan de pintonas, se van a aburrir de solteriar...

Y yo no quiero quedar como perro aullándole a luna. Haré el mesmo negocio que vos con tierra, rancho, carreta y güeyes. Que Onofre vaya acomodando el negocio. ¿Que decís, Onofre?

—¡No digo nada! —respondió áspero aquél.

Hicieron nido como pudieron y durmieron. Se volvieron piedras frías hombres, caballos, perros, bueyes y carretas. Hasta el fuego murió. Al otro día comenzaron la misma pena.

Iban dejando a lo largo de la "güeya" surtidos pedidos, levantaban cueros, cerdas, plumas. Ranchos, estancias, negocios y poblaciones iban quedando tras ellos. La marcha terminaba en una ciudad casi pegada a la frontera. Volvían. Mes y medio al norte, mes y medio al sur. Ranchos, estancias, comercios, poblaciones, dejando surtidos, levantando cueros, cerda...

Finalizaba setiembre cuando entraron en la ruta de la vuelta. El camino empezó a pasar, tardo, tardo, bajo las seis ruedas las tres carretas...

Cuando les amaneció junto al Paso Perdido —mediaba Octubre— estaban a cuatro días de Justina y Encarnación. El sol apareció rutilando sobre el limpio cielo de aquella primavera que ya ardía. Vellones de niebla subían del arroyo, el rocío temblaba en el camalotal ,en las erizadas colas de los perros, y se convirtió en mil diamantes colgados de una tela de araña cuando el sol se alzó sobre el monte.

—¡De los días lindos éste anda solo! —dijo Madruga rascándose el moterío, ahuyentando el sueño de sus ojos.

Uncieron los bueyes. Montaron. Los caballos pedían rienda, ágiles las patas, y los perros puntearon las carretas, ladrando sin motivo y corriendo sin por qué. Tendida sobre los campos ilimitados iba quedando la música de los ejes, pues era música la suya.

—¡Pucha, si juera indio —habló Feliciano blandiendo la picana— hoy me diba de malón! ¡Me escuece la sangre, hermano...!

A mediodía se abrieron las coyundas, y cayeron frenos y recados Descanso. Después siguieron.

Acamparon pegados al monte de otro arroyo, cruzado el paso. Comidos, hechas las camas ,tendidos en ellas Feliciano y Onofre, el negro Jesús fue a su carreta y volvió con su guitarra. Medio sentado, medio tendido, se dio en templar largo rato. Y después su voz, de claro timbre, se elevó en un estilo. Muchos cantos surgieron del pecho del negro, todos muy escuchados, pero siempre nuevos. Una dulzura inexplicable sosegó el ritmo de los corazones. La luna bruñía de plata la inmensidad...

Se levantó Jesús, guardó la guitarra y volvió. Y se acostó. Entonces salió velado, el acento de Junco:

—Pasao mañana, hermano, toy pegao a Justina. Si no juera por el levante de pedidos y el dejar fariña, café y el resto del surtido al fondero, quebraba el rumbo y dejaba el pueblo a un lao. Entodavía no me acoyaro. Falta el verano, no va ser mejor techo el de un rancho que éste, salpicao de estrellas. Que Justina aguaite otro año y se arregle con las rapaduras y los ticholos que le llevo...

Calló el hombre. Pasado un buen espacio de tiempo la voz del negro sonó bajito:

—Mirá, Junco: si juéramos mellizos no tocábamos el son que tocamos, de tan parejo. Dende ayer vengo pensando lo mesmo. Que la Encarna aguante otro aplace y se componga con las guayabas que le tréigo. Si no se compone que se descomponga. ¡Estos pelegos, este basto y este poncho son cama y venga a ver, hermano!

Y Madruga se acomodó como para sacar pichones. Feliciano habló de nuevo, casi desaparecidas las palabras:

—El negocio con Onofre queda pa más adelante.

—¡Claro!

—¿Qué decís, Onofre?

Y Onofre contestó con una especie de rezongo, más bien un ruido sordo que salía por abajo del poncho:

—¡No digo nada!

Hacía ocho inviernos que soñaban con cama compartida y ocho veranos que renunciaban a ella...

INCIDENTE EN EL QUEGUAY

Cuando el río Queguay era un río salvaje, vale decir mejor que hoy, puesto que el hombre no había deshecho su paz, vivió en él una distinguida familia de gatos monteses. Por la época de esta muy verídica historia que vamos a narrar, tal familia estaba compuesta por padre, madre y 3 hijos. El jefe era el mejor cazador, el más fiero, el sumo carnicero de la comarca. Su compañera, aun cuando cumplía rigurosamente los preceptos de la ley que regía su instinto, poseía un don de dulzura y suavidad bastante raro en los de su raza, aunque sin duda muy femenino. De los cachorros, el menor por orden de aparición en el pago, era la misma encarnación de Satanás. Cruel con sus hermanos, una vez hasta sacó garras a su madre. Ese día el jefe rió muy a sus anchas. Ella lo increpó severamente:

—¡Muy bonito, te réis en vez de castigarlo!

—Mire patrona —respondió el rayado— estoy festejando a ese gurí, que me salió el más legal de tuitos.

El muchacho se sintió halagado por tales palabras e hizo una mueca, entre soberbia y burla, a su madre. Y ésta, con ademán indiscutiblemente felino, diole tal zurdazo en la jeta que el irrespetuoso trazó diez vueltas en el aire antes de clavarse en el suelo húmedo de la selva donde, limpiándose las narices, quedó más erizado que un cardo.

—¿Te creés ya tigre? —roncó ella—. ¡Yo te viá enseñar a respetar a quien te trujo al mundo!

Y dirigiéndose al jefe:

—¡Y usté ya verá cómo le va a salir torta el pan si sigue dándole alas a ese sinvergüenza!

* * *

Una radiante mañana de enero los hermanos del endiablado gato vieron a éste trepar lo alto de un copudo ceibo. Quedaron abajo, observándolo, pues siempre temían seguirlo en sus andanzas, en las que les gastaba a veces terribles bromas. Llegó, equilibrando eficientemente, hasta la misma punta de una rama y allí, medio ocultándose entre las hojas, se inmovilizó. Pasó el tiempo y el gato siguió petrificado. Pero, a veces, su cola ondulaba levemente, señal que estaba más que despierto. ¿Qué hacía allí?

Cierta vez que recorría la costa sintió un choque violento en el espejo del río. Y vio elevarse un pájaro de sobre las aguas rotas, que en dos aletazos se atravesó en una rama de sarandí que sobre el curso estaba. Un pez hacía una cruz en su pico. Era una mojarra que la luz deslumbrante tornasolaba, y cuya cola rojísima se estremecía en los últimos segundos de la vida. El gato vio muy bien cuando el pájaro la tragó limpiamente. Miró luego que su pecho se arqueaba, que escurrió el plumaje, y que bostezó satisfecho abriendo el amplio compás de sus dos arpones...

En su casa le preguntó a su padre sobre ese asunto, y su padre le dijo:

—Es don Martín, m hijo, pescador sin emparde. Al cabo del día se refala por el cogote más de muchas mojarras.

—¿Y son güenas las mojarras, tata?

—Mi finao bisagüelo nos decía que él cambiaba cada una de ellas por veinte y siete ratones sin pedir rebaja. No sé con quién se arreglaría pa conseguirlas. Porque con don Martín la cosa es al pepe...

Y el muchacho se dio en meditar desde ese día. Y uno de éstos llegó hasta la rama del ceibo, que se balanceaba sobre el Queguay, vecina de aquella vara donde el pájaro tenía su pesquero. Allí estaba don Martín. Al ver al intruso medio se alteró:

—¿Qué venís a hacer áhi?

—¿Qué le importa? ¿El monte es suyo?

El pájaro caviló un instante —sin perder de vista al gato—. Conocía bien su raza, sabía las mentas de su padre .Calculó la distancia que había entre rama y vara y se tranquilizó. Entonces clavó sus ojos en el río como queriendo hipnotizarlo. El gato siguió la dirección de aquella mirada fija y vio en la transparencia de la serena corriente la vibración luminosa del mojarrerío. Eran miles. Don Martín se azotó bruscamente, levantó del Queguay millones de gotas irisadas, desapareció entre ellas, y de ellas salió después y se elevó hasta su sitio. Nítidamente vio el montés la mojarra, sus agallas bermejas, su cola retorciéndose...

—¡Veinte y siete ratones por una mojarra —pensó recordando las palabras de su mayor—, si serán güenas!

Y entonces cayó en un fugaz ensueño. Se haría el taita del pago jugándole parejo a don Martín, se impondría ante todos los de su raza, todos los días le iba a traer cuatro o cinco pescados a su tata, para que se diera la satisfacción de banquetearse sin tener que sacrificar ratones al ñudo...

En ese instante don Martín volvía con un dientudo que hacía aspa del pico. Los círculos que dejó en el agua murieron lejos. Se serenó el espejo. El gato vio el mojarrerío hirviendo, casi aflorando sobre el líquido... Y sin pensar en más nada, y sin encomendarse a nadie se largó de cabeza con las garras listas. Pero no le salió la cosa como calculaba. Sintió que se hundía, y que tragaba más agua de la que necesitaba. Empezó a girar vertiginosamente, el cuerpo no obedecía a la cola ni la cola al cuerpo, subía y bajaba, se le enturbió el ojo, empezó a ahogarse. Entonces, en uno de los ascensos hacia el aire, gritó y comenzó a manotear. Y llegó después hasta el arenal. Pero en este camino que hizo, que para él fue como de dos leguas, sintió muy bien cuando don Martín lo asaeteó muy a su sabor, mientras le gritaba:

—¡Me venís a espantar los pejes, bandido, a sacarme la comida, foragido, a privarme del vivir, ladrón sin yel!

Allí quedó en el playo largo, tragando aire y lanzando agua. Sus hermanos habían desaparecido dando grandes alaridos... Hasta que apareció toda la familia.

—¿Qué pasó m'hijo? —le preguntó el jefe.

—No me pregunte, tata, déjeme. ..¡Ay!

—¡Dígame lo que pasó, canejo! —y aquí el tono del padre fue categórico.

—Usté me aponderó tanto las mojarras que quise jugarle parejo a don Martín. Y dende el ceibo ese me tiré... ¡Ay!

Aquí la madre empezó a reir a todo trapo. Y después que rió habló:

—¿No les dije? ¡Ya ven cómo salió torta el pan! ¡Ahí tenés las alas que le diste para qué le sirvieron, qué volido superior ha dado!

El jefe empezó a contar unas chispitas que sangraban en la piel de su hijo.

—¿Y esos aujeros, ande se espinó?

—¡Qué espinó ni espinó! Jue don Martín que mientras yo braciaba me curtió a picotones.

Don Martín estaba en lo alto contemplando aquella escena insólita. De allí gritó:

—¡Y cada vez que te tirés a auyentarme las mojarras te viá coser el cuero! ¿Ande se vido gato pescando? Sigan su ley, que con ello tienen bastante...

En ese mismo momento asomó la cabeza don Capibara Arruda. Y se expresó en estos términos:

—¡Muy bien, don Martín, asina debe ser!

—¿Y a vos quién te ha dao vela en este entierro, hocico fruncido? —explotó el gato mayor.

—¡Yo mesmo me la tomo, atrevido!

El jefe, que estaba ardiendo por el fracaso de su predilecto, pegó un salto y se le horquetó al carpincho viejo, clavando sus cuatro patas en el cogote del cerdudo. Don Capibara en dos botes estuvo en el Queguay y se zambulló con su carga.

No pasó mucho sin que apareciera el gato, desorbitado, que ganó la costa, donde quedó encogido y chorreando. Y allí mismo inició una serie de hipos que, a cada espasmo, le hacían salir agua por boca,

nariz y orejas. Entonces, todo el bicherío de la selva —hasta ese día rendido y temeroso adulador del famoso felino— que se había reunido ante el descomunal bochinche iniciado por don Martín y el satánico joven, empezó uno de los más desconcertantes conciertos de carcajadas jamás oídos en el Queguay, asemejándose en eso al hombre, que se rinde siempre al que se encumbra, por más malo que sea, y desprecia al que cae, aunque sea reconocidamente bueno. Menos mal —y esto lo decimos en favor del bicherío del Queguay— que esta muy verídica historia de verídica no tiene nada.

EL CAMINO DEL HOMBRE

Mañana de enero.

El sol sobre un azul inmaculado inunda de vibrante luz todo el Bajo de Almeida. La pulpería de Donato Pareja, hacía poco blanqueada, reverberaba hasta quemar los ojos. En su despacho habían unos cuantos clientes. A las nueve ya estaba llena. Ventanas y puertas entraban el fuego del campo de inmóviles pastos. De nada valían las sombras de paredes y quincha; por ellas se filtraba, inmisericorde, la llamarada de aquel estallante día. Los hombres se habían ido repartiendo en los bancos, mostraban los torsos húmedos, chorreaban sudor despatarrados. El humo de los tabacos y el zumbar del mosquerío parecía atizar aquel tremendo aliento...

El viejo Zenón Reboledo se había acomodado en el rincón más oscuro del negocio, y allí estaba con tres peones de la estancia —que por ser domingo habían salido francos— de boca abierta pero muda, como tararira recién sacada del arroyo. Vichará, pañuelo y sombrero los había colgado de un clavo. La camisa desabotonada hasta abajo dejaba ver la borrascosa pelambre de su pecho. Había abierto las aletas de su chiripá llamando un fresco que no había. Sin botas —estaban tiradas abajo de la mesa— con los talones clavados en el piso, jugaba los dedos nudosos buscándoles alivio. Ya se había tragado cuatro ginebras y cuatro vasos de agua con grosella que de inmediato le salieron piel afuera en chorros... Uno de los peones dijo:

—¿Qué le parece, capataz, si jugamos un truco?

—¿Qué te parece si cerrás el pico? Si de callao estoy ensopao, al primer valecuatro que eche me redito...

Quiso callar; pero ya había desatado la lengua. Siguió:

—He conocido calores bravas... Me acuerdo cuando la seca de hace once años ande de los árboles resecos se despolomaban los pájaros como cascotes, y los güevos de ñandú se cocinaban solos. Ni los lagartos aguantaron aquellos soles. Me tocó tropiar una novillada elegida buscándole agua. Eramos, entre bichos y cristianos, doscientos. Llegamos a una zanja na más que veinte, más sancochaos que crudos. Pero este calor de hoy ya está pasando de castaño oscuro...

Pasó un trago de ginebra don Zenón, que suavizó con un buche de grosella, buche que lo paseó por todo el ancho y alto de su boca. Y continuó:

—En la tal seca vide cosas muy fieras. ¡Hasta mentira parece lo que es la vida de algunos vivientes, de tuitos totalmente! Sin recorrer mucho, al estanciero Molina, que tenía cuadras y animales como pa desparramar en cien leguas, y que era un mozo lleno y reventándole la sangre por los cachetes, de la noche al día lo vide encogido, amarillo, ético. Y no pasó mucho que lo encontraron colgao de un sarandí. Vide... ¿pero pa qué viá seguir? Lo que les quiero decir, y con autoridá se los digo porque he cambiado mucha cebadura, uno, y porque he apadrinao mucho correr de vida de hombre, dos, que cada cristiano, dende que le cortan el umbligo, ya tiene su camino marcao. Y asina lo malicée, o lo vea claro y quiera cuerpearle lo va a cumplir, paso por paso, portera por portera, hasta la zambullida en la que no se saca más la cabeza...

Entre los clientes había uno que estaba de pie junto al mostrador, corriéndole agua por todo él en gotas como nísperos. Ya había pasado varios vasos de un rosario de habana brava. No era regular de la pulpería. Al parecer había oído con atención profunda lo dicho por Reboledo. Y como éste calló luego de lo de la zambullida, levantó la voz:

—Eso del umbligo, don, y lo del camino marcao, no me parece que esté muy en su punto por mucha

cebadura y mucho apadrinaje que haiga hecho, y desculpe.

Don Zenón levantó los ojos, los clavó un momento en e lotro. Y contestó:

—Pues amigo, póngale la música que le ponga, el verso es asina como dije.

—No es custión de música, don. Porque dígame una cosa: ¿quién le va a marcar la senda a cada hombre si no el hombre mesmo? ¿Es uno el encargao de ese trabajo? ¿Quién es ese uno? ¿Dios? Mala tarea me parece pa autoridá tan empinada. Mire que tiene que hacer el camino al blanco y al negro... y usté sabe que hay blancos y negros que han hecho caminos que a mí me daría vergüenza haberlos dibujao, cuanti más a Dios. No, don: esos son compuestos de payador de bota destalonada.

El viejo Zenón, impávido, le respondió:

—Pues amigo, póngale la música que le ponga...

El forastero, quizá por los desniveles del frasco, o por lo duro del sol que calcinaba el pago, se sulfuró.

—¡Ya le dije, don, que no era custión de música! Mire: hoy de madrugada salí dispuesto a hacer mi camino, que será bandiar el Paso del Bagre, llegar al comercio que está del otro lao, buscar a un deslenguao que yo sé, barrerle el mojinete si es que no le levanto la quincha del todo, dar güelta, pasar por esta misma pulpería, y si está usté mostrarle quién es Reducindo Soria, que soy yo. Paso a paso, portera por portera, ¡pero las que yo he marcao! Y déjeme tomar otra caña en paz, no me diga nada, que ya mesmo me voy.

Y así lo hizo. El hombre desprendió el caballo del palenque y se perdió en una nube de polvo.

El paso quedaba bastante lejos. Reducindo Soria sintió que el cielo era el techo de un horno que lo iba asando. Miró la blanca espuma que iba cubriendo el pescuezo de su montado, sentía su jadear. La punta de la nariz le empezó a crujir y luego a arder por más que acomodó el sombrero para darle sombra. El barbijo lo estaba degollando. Los pies los llevaba metidos en dos braseros...

Cuando a las once llegó al cruce, la visión del arroyo terso y refulgente, y la caricia de la sombra del monte, lo dieron contra el suelo. El caballo enderezó sólo a la orilla y metió la boca en el agua. El se sentó bajo un sarandí que había criado su copa sobre la barranca. Se sacó la camisa y las botas, sintió un hondo alivio. Y así se estuvo como media hora. Después hundiendo los pies en el arenal que abrasaba se arrimó al caballo y levantó la maleta. Las galletas y el salchichón estaban como ascuas; pero comió. El vino de un botellón que cargaba, como para cebar mate; pero se lo enfundó todo. Sintió que un inefable bienestar le suavizaba todos sus resortes. Hizo cabecera con su ponchito de verano y al poco rato estaba más tieso que un muerto.

A las doce el sol a plomo le comenzó a picar busto y rostro sobre el lado izquierdo, pues el derecho lo tenía pegado contra el poncho y la arena...

Como a las cinco abrió el ojo libre. Le pareció estar flotando en un pago fantástico e infernal. Las cañas de la pulpería, las galletas, el salchichón y el vino que había metido entre pecho y espalda le estaban levantando una horrenda revolución. Pero lo malo estaba en aquellas cinco horas de asoleao que le chicharraron carne y sesos. Pudo sentarse y abrir el otro ojo. Su caballo había conseguido meterse en un corte de la barranca. Allí estaba como petrificado bajo un manto de moscas. Lo reconoció al cabo de mucho tiempo pues al principio le pareció un monstruo. En uno de sus brazos había hilos de sangre coagulada y otros fresca. Los tábanos se habían dado un festín. ¿Me haberán apuñaleao? —se dijo. Si no fuera por las botas en las que reconoció las lloronas que usaba desde quince años, se creería en otro mundo. Fue en cuatro patas al arroyo, metió la cabeza en el agua, bebió a grandes buches...

Estaba atardeciendo. Las sombras se iban aplastando sobre la tierra, apagando las brasas de aquel día terrible. Para gozar de este grato frescor, los clientes de la pulpería de Donato habían movido los bancos. Eran como veinte diciéndole sin palabras a la noche que se acercaba la gratitud de sus car-

nes. En ese instante sacaban del galpón a Don Zenón Reboledo, en donde había cocinado una tranca de regular calibre. Le estaban mojando la cabeza... cuando se arrimó a paso de procesión, en su caballo, Reducindo Soria. Era un aparecido. Sujetó y se dejó resbalar recado abajo hasta quedar sentado en el suelo. Dos de los que allí estaban lo levantaron y acomodaron en un banco, contra uno de los palos de la enramada. El hombre abría la boca como queriendo decir algo y la cerraba sin decir nada.

—¿Qué le pasa, amigo?

—¡Ay... ay...!

La gente empezó a observar que el recién llegado era el que de mañana había cambiado palabras con don Zenón; y que, aunque medio aindiado, ahora tenía la cara, de un lado, color pitanga madura, casi negro, y el otro color butiá, como de viviente ético. Reboledo, ya medio repuesto, se le arrimó.

—Parece —le dijo— que el percance del mojinete jué medio peludo, compañero. Lo que no alcanzo a colegir es cómo ha güelto con dos colores, que de lejos su cara parece cometa barrilete de dos papeles. ¿Cumplió su camino, como dijo?

El otro, con desmayada voz, empezó a soltar, muy espaciadas sus palabras:

—No señor... Chupé más de la medida, mesturé por demás caña con vino, y con un salchichón que llevaba y unas galletas, que estaban como tizones soplaos, quedé duro en el paso. Me dormí de un lao y el sol me castigó del otro... ¡Ay!... me parece que de ésta no salgo...

—¿Ve, amigo, como cada cristiano tiene su camino marcao, y...

—¡Mire, viejo lengua e'sapo, déjeme de preludios!

Don Zenón era bastante quisquilloso y medio cascarilla. No le gustó lo de lengua de sapo. Respondió:

—¡Pues güelva mañana al paso, mesture caña con vino, recaliente un salchichón y algunas galletas, enjarétese tuito eso y tiéndase en el arenal, pero con el lao negro contra el suelo asina empareja el color.

Tal vez el sol le asiente el juicio o lo sancoche como pa los gusanos!

El paisano Reducindo Soria púsose de pie en un arranque; pero cayó desplomado. Lo llevaron en un catre...

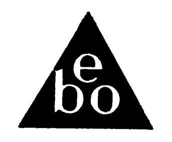
Y allá ,en la pulpería de Pareja pasó muchos días en los que fue atendido muy afectuosamente por la mulata Regina Censión... con la que terminó por acollararse.

Cuatro años después cruzó por la misma pulpería, a caballo él, en un carro mujer y tres muchachos lindos. Apeáronse. Adentro estaba don Zenón, el que reconocido por Soria se le acercó. Y le dijo:

—Amigo, no sé si me conoce; pero si me mira bien sabrá quién soy pues entodavía me dura algo de la quemadura de aquel día... este... Le viá declarar algo: que cada hombre, dende que le cortan el umbligo, ya trai su camino marcao. Sírvase lo que guste que yo pago el gasto.

INDICE

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos Emecé, G. Ramírez 1806, Montevideo, el día 28 de Diciembre de 1963 para Ediciones de la Banda Oriental



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

Se proponen recoger y difundir aquellas obras que en el campo de la investigación, el ensayo o la ficción, nos vinculen con nuestras auténticas raíces históricas, con nuestra problemática presente y con nuestras posibilidades de proyección futura, contribuyendo al seguro despertar de la conciencia nacional, hoy en gestación.

Consecuentes con tal propósito, recogerán no sólo las obras relativas al panorama del ámbito uruguayo, sino también al del ámbito nacional hispanoamericano que, en definitiva, constituye el marco vital al cual los orientales hemos de pertenecer.

Portada:

"El Viejo Vizcacha", de J. L. Zorrilla de San Martín.
Foto: Julio Navarro.



JOSE MONEGAL

Nació en Melo, Cerro Largo. La Comuna de ese departamento le concedió una beca para estudiar pintura en España, por el término de dos años. Por su cuenta estuvo allí cuatro más. Ha escrito: VIDA DE APARICIO SARAVIA y ESQUEMA DE LA HISTORIA DEL PARTIDO NACIONAL (históricas); NICHADA Y MEMORIAS DE JUAN PEDRO CAMARGO (novelas). Obtuvo dos primeros premios del Ministerio de I. Pública —Teatro Nacional— con sus dramas EL JINETE BLANCO y EL COMPUESTO DE TRISTAN LIMA. Hace periodismo en "El País" y colabora en el Suplemento de "El Día" con sus cuentos. Toca la guitarra. Está componiendo, para ese instrumento, dos grandes obras nativistas: Idilio y Baile de Negros. En la costa de la Laguna Merín vivió, casi solo, durante un año, en un rancho que un vecino y él levantaron hecho con juncos de los esteros. Faltan algunos detalles como, por ejemplo: en una pulpería, campo de Tacuarembó, payó durante tres horas con un paisano. Se ignora quién ganó el torneo pues los vasos se fueron multiplicando al son de la música. No creemos importante citar otros episodios similares.

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL